

289
BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



En un tiempo hermanada y amante, t. 1.	2	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9	El Terremoto de la Martinica, t. 5	2	12
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	2	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	- Doctor negro, t. 1.	4	4	- Tarambana, t. 3.	4	8
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Don Fernando de Sandoval, o. 5	2	8	- Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16	- Tio y el sobrino, o. 1.	2	5
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	Don Carlos de Austria, o. 3.	2	10	- Desterrado de Gante, o. 3.	2	5	- Trapero de Madrid, o. 1.	9	14
Azores de la privanza, o. 4.	3	4	Dos lecciones, t. 2.	1	3	- Espósito de Nra. Sra., t. 1.	1	6	- Tio Pablo ó la educacion, t. 2.	2	7
Amante y caballero, o. 4.	2	11	Dividir para reinar, t. 1.	2	10	- Españaoleto, o. 3.	3	5	- Testamento de un soltero, t. 3.	2	5
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4	8	Dios y mi derecho, o. 3, a y 5. c.	3	11	- Enamorado de la Reina, t. 2.	3	5	- Talisman de un marido, t. 1.	2	4
Amor y Patria, o. 5.	2	10	Diana de Mirmande, t. 5.	3	1	- Eclipse, ó el agujero infundado, o. 3.	2	7	- Tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7
A la mesa del gallo, o. 2.	3	5	De balcon á balcon, t. 1.	3	4	- Espectro de Herbesheim, t. 1.	3	6	- Toro y el Tigre, o. 1.	3	3
Así es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Dejar el honor bien puesto, o. 3.	3	4	- Favorito y el Rey, o. 3.	1	6	- Tejedor de Játiva, o. 3.	5	6
Actriz, militar y beata, t. 3.	3	9	Esmeralda ó Nra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11	- Fastidio ó el conde Derfort, t. 2.	1	5	- Tejedor, t. 2.	1	7
Al pié de la escalera, t. 1.	3	5	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	- Guarda-bosque, t. 2.	3	4	- Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5
Arturo, ó los remordimientos, t. 1	2	4	Elisa, o. 3.	2	4	- Guante y el abanico, t. 3.	3	5	- Vivo retrato, t. 3.	1	8
Al asallo!, t. 2.	6	9	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	- Galan invisible, t. 2.	3	5	- Vampiro, t. 1.	2	7
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 c.	5	12	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	- Hijo de mi mujer, t. 1.	2	5	- Ultimo dia de Venecia, t. 5.	2	9
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	- Hermano del artista, o. 2.	3	11	- Ultimo de la raza, t. 1.	2	4
A perro viejo no hay lus, t. 3.	5	11	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	- Hombre azul, o. 5 c.	3	10	- Ultimo amor, o. 3.	2	5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	En poder de criados, t. 1.	3	2	- Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10	- Usurero, t. 1.	2	4
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Españoles sobre todo (segunda parte) o. 3.	2	12	- Hijo de su padre, t. 1.	5	6	- Zapatero de Londres, t. 3	3	9
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	En la falta va el castigo, t. 5.	3	8	- Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 4. Magia.	4	7	- Zapatero de Jerez, o. 4.	3	3
Alberto y German, t. 1.	1	2	Engaños por desengaños, o. 4.	2	4	- Hijo de Gromvel, ó una restauracion, t. 5.	2	10	Fausto de Uzlerwal, t. 5.	1	13
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3	9	Estudios históricos, o. 1.	2	5	- Hijo del emigrado, t. 1.	2	10	Fuerte-Espada el aventurero, t. 5	3	7
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	14	Es el demonio!! o. 1.	2	3	- Hombre complaciente, t. 1.	3	5	Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a. y 10 c.	3	15
Amor de padre, o. 2.	2	3	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	- Hombre de todos, o. 2.	2	3	Francisco Doria, o. 4.	2	10
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10	Entre cielo y tierra, o. 1.	2	2	- Hombre cachaza, o. 3.	3	4	Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11
Allá vá eso! t. 1.	2	6	En paz y jugando, t. 1.	2	3	- Heredero del Czar, t. 1.	2	10	Gustavo Wasa, o. 5.	2	16
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5	6	Enrique de Traslamara, ó los mineros, t. 3.	3	9	- Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11	Gaspar Hauser ó el idiota, t. 1.	4	9
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2	3	Es un niño! t. 2.	4	7	- Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	9	Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5
Amar sin ver, t. 1.	1	4	Errar la cuenta, o. 1.	2	2	- Lazo de Margarita, t. 2.	7	12	Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7
Beltran el marino, t. 1.	2	8	Elena de la Seigliere, t. 1.	2	5	- Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	2	7	Geroma la castañera, zarz.	1	3
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5	10	Están verdes, t. 1.	2	3	- Licenciado Vidriera, o. 1.	3	4	Hasta los muertos conspiran, o. 7	2	11
Batalla de amor, t. 1.	2	3	Empeños de honra y amor, o. 3.	2	6	- Maestro de escuela, t. 1.	2	5	Honores rompen palabras, ó la accion de Villatar, o. 1.	2	8
Camino de Portugal, o. 1.	1	2	En mi bemol, t. 1.	2	1	- Marido de la Reina, t. 1.	4	12	Herminia, ó volver á tiempo, t. 3	3	5
Con todos y con ninguno, t. 1.	1	2	El andaluz en el baile, o. 1.	2	8	- Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	5	Halifax, ó picaro y honrado, t. 3 y p.	2	9
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2	4	- Aventura española, o. 3.	2	8	- Médico negro, t. 7 c.	4	12	Hombre tiple y muger tenor, o. 1	3	3
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3	2	- Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	- Mercado de Londres, t. id.	4	12	Honor y amor, o. 5.	4	9
Casarse á oscuras, t. 3.	3	4	- Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	- Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	5	5	Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4
Clara Harlowe, t. 3.	5	11	- Amante misterioso, t. 2.	3	6	- Memorialista, t. 2.	4	4	Ilusiones, o. 1.	1	4
Con sangre el honor se venga, o. 3.	2	9	- Alguacil mayor, t. 2.	2	5	- Marido de dos mujeres, t. 2.	2	3	Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 3.	4	4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3	8	- Amor y la música, t. 3.	2	4	- Marqués de Fortville, o. 3.	4	11	Jorge el armador, t. 1.	3	11
Cuánto vale una leccion! o. 3.	3	6	- Anillo misterioso, t. 2.	2	4	- Mulato, ó el caballero de San Jorge, t. 3.	4	11	Jui que jembra, o. 1.	5	6
Caer en el garlito, t. 3.	4	3	- Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	- Marido de la favorita, t. 5	2	11	José Maria, ó vida nueva, o. 1	1	7
Caer en sus propias redes, t. 2.	2	3	- Baile y el entierro, t. 3.	2	8	- Médico de su honra, o. 1	4	6	Juan de las Viñas, o. 2.	1	6
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t. 7 c.	4	12	- Beneficiado, ó república teatral, o. 1.	3	10	- Médico de un monarca, o. 1.	1	9	Juan de Padilla, o. 6. c.	3	11
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2	11	- Campanero de S. Pablo, t. 1.	2	4	- Marido desleal, ó quien engaña y quien, t. 3.	2	3	Jacobo el aventurero, o. 1.	2	16
Caprichos de una soltera, o. 1.	2	3	- Contrabandista Sevillano, o. 2.	3	10	- Mercado de San Pedro, t. 5.	4	9	Julian el carpintero, t. 3.	3	6
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3	4	- Conde de Bellaflor, o. 4.	4	8	- Naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11	Juana Grey, t. 5.	2	8
Con un palmo de narices, o. 3.	3	3	- Cómic de la legua, t. 5.	5	10	- Nudo Gordiano, t. 5.	4	6	Juzgar por apariencias, o. 5.	3	6
Camino de Zaragoza, o. 1.	1	7	- Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	- Novio de Buitrago, t. 3.	2	8	Jugar con fuego, t. 2.	1	3
Consecuencias de un bostón, t. 1.	1	6	- Cartero, t. 5.	3	10	- Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. 1.	2	5	Julio César, o. 5.	2	15
Consecuencias de un disfraz, o. 1	1	5	- Cardenal y el judío, t. 5.	3	12	- Noble y el soberano, o. 1.	2	8	Juan Lorenzo de Acuña, o. 1.	2	9
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del medio-dia, t. 3.	5	8	- Clásico y el romántico, o. 1.	2	3	- Nacimiento del hijo de Dios y la degollacion de los inocentes, o. 1.	6	16	Laura de Monroy ó los dos maestros, o. 5.	2	8
Cambiar de sexo, t. 1.	4	3	- Caballero de industria, o. 3	3	4	- Nudo y la lazada, o. 1.	1	6	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8
Compuesto y sin novia, t. 2.	1	7	- Capitan azul, t. 3.	2	11	- Oso blanco y el oso negro, t. 1.	2	10	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	5
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	3	7	- Ciudadano Marat, t. 1.	5	18	- Pacto con Satanás, o. 1.	3	4	Llueven sobrinos!! o. 1.	3	3
De la mano á la boca, t. 3.	2	5	- Confidente de su muger, t. 1.	2	4	- Premio grande, o. 2.	4	11	Laura de Castro, o. 1.	1	13
Don Canuto el estanquero, t. 1.	3	2	- Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	- Pacto sangriento ó la venganza corsa, t. 6 c.	4	11	Laura, (pról. epil), o. 3.	4	12
Dos contra uno, t. 1.	2	2	- Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	- Page de Woodstock, t. 1.	1	5	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	5	2	- Castillo de San Mauro, t. 5.	3	10	- Peregrino, o. 1.	3	9	Latreaumont, t. 5.	2	15
Desdichado por gratitud, t. 3.	3	4	- Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	- Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Libro III, capítulo I, t. 1.	1	2
Dos y ninguno, o. 1.	2	5	- Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	- Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Llovidos del cielo, t. 1.	2	3
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1	7	- Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	- Poder de un falso amigo, o. 2.	1	2	Luchas de amor y deber, o. 3.	2	5
Desengaños de la vida, o. 3.	3	8	- Conde de Monte-Cristo, primera parte, 10 c.	4	16	- Perro de centinela, t. 1.	3	2	Luceros y Gluevina, ó el ministro justiciero, o. 3.	2	7
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 1.	2	16	- Idem segunda parte, t. 5	3	17	- Porvenir de un hijo, t. 2.	2	4	La Abadía de Castro, t. 7. c.	9	13
Don Juan Pacheco, o. 5.	2	8	El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 c.	2	12	- Padre del novio, t. 2.	2	4	- Abadía de Penmarck, t. 3.	1	8
Don Ramiro, o. 3.	1	8	- Castillo de S. German, ó delito y espionaje, t. 5.	7	9	- Pronunciamento de Triana, o. 1.	2	9	- Alqueria de Bretaña, t. 5.	7	12
Don Fernando de Castro, o. 1.	2	8	- Ciego de Orleans, t. 1.	2	9	- Pintor inglés, t. 3.	3	5	- Barbera del Escorial, t. 1.	2	3
Dos y uno, t. 1.	1	2	- Criminal por honor, t. 1.	2	6	- Peluquero en el baile, o. 1.	2	5	- Batalla de Clavijo, o. 1.	2	4
Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	- Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11	- Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	- Batalla de Bailen, zarz. o. 2.	2	8
De dos á cuatro, t. 1.	1	1	- Ciego, t. 1.	1	8	- Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	- Boda tras el sombrero, t. 1.	3	9
Dos noches, t. 2.	3	2	- Cardenal Richelieu, o. 1.	2	9	- Robo de un hijo, t. 2.	2	8	- Berlina del emigrado, t. 5.	3	10
Dieguiyo pata de Anafre, o. 1.	2	4	- Castillo de Grantier, t. 1.	4	7	- Rey martir, o. 1.	2	7	Los consejos de Tomás, o. 3.	2	6
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	- Duque de Allamura, t. 3.	3	10	- Rey hembra, t. 2.	3	3	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4
De una ofrenda dos venganzas t. 5	4	16	- Dinero!! t. 1.	3	14	- Rey de copas, t. 1.	1	5	Los celos de una muger, t. 3.	5	3
Don Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	- Doctorcito, t. 1.	6	2	- Robo de Elena, t. 1.	1	5	La cola del perro de Alcibíades, t. 3.	2	6
Don Fadrique de Guzman, o. 1.	3	5	- Demonio familiar, t. 3.	3	4	- Robo de oriente, o. 3.	1	9	- Caverna de Kerougal, t. 1.	1	10
Dina la gitana, t. 3.	4	8	- Diablo en Madrid, t. 5.	2	7	- Secreto de una madre, t. 3 y p.	3	9	- Coqueta por amor, t. 3.	3	4
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4	5	- Desprecio agradecido, o. 5.	4	5	- Seductor y el marido, t. 3.	3	4	- Corte y la aldea, o. 3.	2	8
	4	5	- Diablo enamorado, o. 3.	3	21	- Sastre de Londres, t. 2.	1	3			
	4	5	- Diablo son los nietos, t. 1.	2	3	- Tio y el sobrino, o. 1.	3	4			
	4	5	- Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3						
	1	6	- Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6						
	4	5	- Diablo nocturno, t. 2	3	5						



LA CONCIENCIA.

Drama en cinco actos y en prosa, escrito en francés por el célebre Alejandro Dumas, y arreglado a la escena española por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades, el 17 de febrero de 1855.

- PERSONAS. ACTORES.**
- EDUARDO RUSBERG. Sres. Martínez (Luis.)
 - STEVENS. Sres. Martínez (Luis.)
 - ALDEN. Aznar.
 - BENAZETI. Diez.
 - EL MINISTRO. Ramos.
 - KARL. Albalat.
 - RUSBERG. Detrell.
 - MEYER. Lopez.
 - CRISTIAN. Martínez (C.)
 - RITAN. Diez.
 - FEDERICO. Boix.
 - SALOMON. Loarte.
 - CARLOTA. Señorita Garcia.
 - LA CONDESA SOFIA. Sra. Fma.
 - LA CONDESA LUISA. Lausac.
 - ENRIQUETA. Rejano.
 - LA SEÑORA DE RUSBERG. Taño.
 - UN CRIADO. N. N.

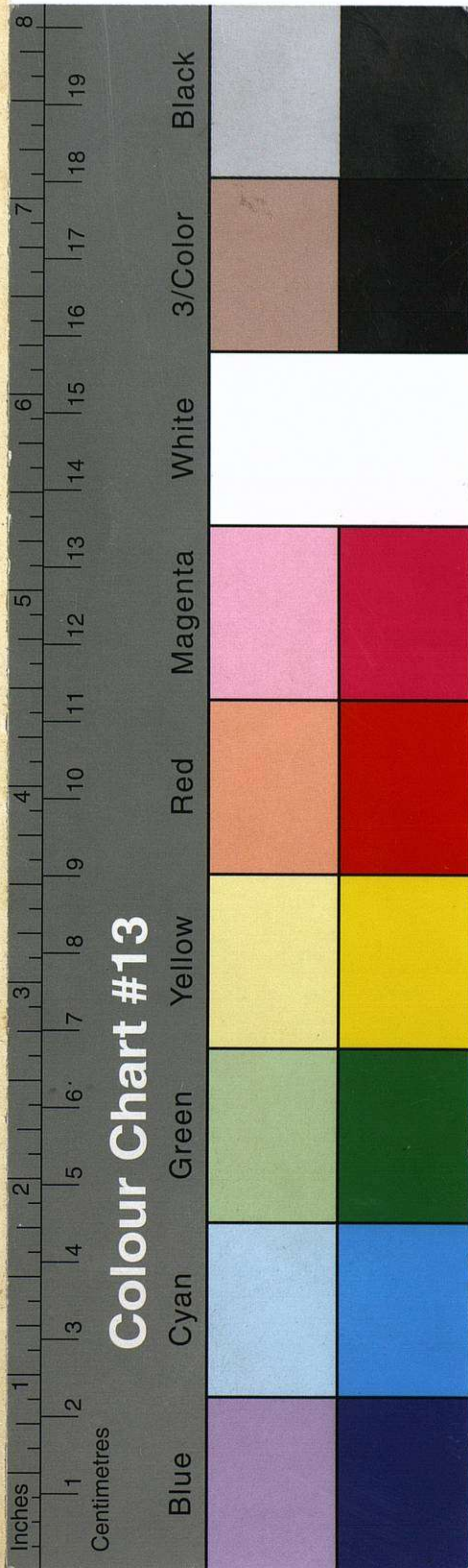
La acción pasa en Manheim en 1810.
ACTO PRIMERO.

Salon: en el fondo una puerta que da a un jardín; a la derecha la puerta exterior; a la izquierda otra puerta que da sobre un salon, en el cual se halla otra puerta, encima de la cual esta escrita la palabra, Caja. En primer término derecha, el cuarto de la señora Rusberg; en segundo término un piano; un sillón a la derecha y otro a la izquierda; en este mismo lado una mesa, sillas en el fondo, chimenea con espejo encima; un taburete pequeño, una campanilla en la mesa.

ESCENA PRIMERA.
ALDEN, solo.
Si será propósito deliberado hacerme esperar! Estos Rusberg son tan orgullosos como los caballeros del santo Imperio, y sin duda ofende al señor recaudador del Estado Rusberg, verse sometido cada trimestre a la visita del inspector Alden.

ESCENA IV.
Rusberg, y admi me tenéis.
Ald. Bien.
Rus. Qué tenéis que decirme que lo pasas antes de las doce por la casa de mi madre, el cual parte a...

ESCENA II.
ALDEN, CARLOTA.
CAR. (entrando y corriendo al encuentro de Alden.)
Oh! Dispensadme señor inspector; ignoraba que estuviéseis aquí.
ALD. Si, señorita, estoy hace... (saca un reloj.) hace diez y siete minutos.
CAR. Y cómo es que no han salido ni mi padre ni mi madre?
ALD. Precisamente me asombraba de su ausencia, cuando habeis entrado.
CAR. Habeis hecho llamar a mi padre?
ALD. Si, y Cristian, el ayuda de cámara, me ha respondido que esperase un momento.
CAR. Oh! Creed que mi padre ignora... lo mismo que mi madre...
ALD. Vuestra madre dormia aun, señorita; se ha dignado enviármelo a decir.
CAR. Si; mi madre se levanta tarde. Es una costumbre...
ALD. Aristocrática.
CAR. (timidamente.) En cuanto a mi hermano...
ALD. (va a poner su sombrero y su baston sobre la mesa izquierda.) Ya sé que no tiene costumbre de retirarse temprano.
CAR. Pero si yo puedo servir de algo...
ALD. Ya sé que sois el ángel bueno de esta casa; permanecéis en ella cuando los demás estan fuera; veláis cuando los otros duermen; oráis cuando ellos se condenan; sois una hija excelente, y no teneis la culpa de que vuestro padre sea un hombre débil, vuestra madre una derrochadora, y vuestro hermano un jugador.
CAR. Señor Alden...
ALD. Voto al diablo! Estoy haciendo llorar a un ángel. Soy tan brutal... Perdonadme, señorita. Soy un militarote antiguo, y en los campos de batalla he tomado la costumbre de decir lo que siento, sin rodeos.
CAR. Oh! cuanto os estimo!
AL. Me estimais, y no me habeis visto mas que tres o cuatro veces?
CAR. Os conozco como el mejor hombre honrado, y co-



mo el corazon mas bueno de toda la villa.

ALD. Honrado es posible; pero en cuentro á corazon bueno, os equivocais de medio á medio. Soy brutal... testarudo... Creó que solamente los tontos tienen buen corazon. Vaya! Por qué me mirais así, hija mia? (*Carlota le coje la mano y quiere besársela.*) Qué ángel del cielo! (*la abraza.*)

ESCENA III.

Dichos, y FEDERICO.

FED. Mi padre abrazando á Carlota!

ALD. Pues! Haces que el padre sea sorprendido por el hijo!

CAR. Señor Alden, ahora no estais solo; permitidme que termine el encargo que mi madre me hizo anoche.

ALD. Id, hija mia, y que la bendicion de Dios os acompañe. (*Carlota sale por el jardin, cambiando una mirada con Federico.*)

ESCENA IV.

ALDEN y FEDERICO.

FED. Me enviasteis á decir que me reuniese con vos donde quiera que estuvieseis, padre mio, porque teniais que participarme una cosa urgente; me he informado de que estabais en la casa del señor recaudador Rusberg, y aqui me teneis.

ALD. Bien.

FED. Qué teneis que ordenarme?

ALD. Tengo que ordenarte, que te pases antes de las doce por la casa del señor de Volsem, el cual parte á las dos para Carlsruhe.

FED. Y qué he de hacer en la casa del señor Volsem?

ALD. Le darás las gracias.

FED. Por qué?

ALD. Porque consiente en darte su hija.

FED. La señorita de Volsem...

ALD. Será tu muger; y á partir desde hoy, estás autorizado para presentarte en la casa como su prometido esposo; hoy lo hemos decidido su padre y yo... Qué es esto? No me das las gracias? Enmudeces?

FED. Desde luego os doy gracias por lo que habeis hecho, ó por lo que habeis creído hacer por mi felicidad.

ALD. No comprendo...

FED. No corresponderé á vuestra bondad con el disimulo. Padre mio, no puedo casarme con la señorita de Volsem.

ALD. Oh! que no puedes casarte...

FED. No, padre mio.

ALD. Quisiera conocer las razones; la familia es rica, tiene una buena posicion en la corte del gran Duque; la hija es honrada, joven, bella...

FED. La muger que me habeis escogido es la que me conviene, pero...

ALD. Pero qué? Veamos!

FED. Pero... yo amo á otra muger.

ALD. Ba! ba! La respuesta ordinaria de los hijos rebeldes. Amo á otra! Soberbia razon!

FED. Es la única que encuentro: amo á otra, de quien soy correspondido.

ALD. Y quién es esa otra? La conozco yo!

FED. La conoceis.

ALD. En dónde está?

FED. En este momento lo ignoro; pero no hace mucho que se hallaba en vuestros brazos.

ALD. La hija del recaudador del Estado?

FED. Carlota de Rusberg, padre mio.

ALD. Eso no te conviene.

FED. Me negareis la muger que haria mi felicidad, sin

decirme las razones de esa negativa?

ALD. Oyelas; no puede ser, no debe ser, no quiero que sea. En cuanto á las otras razones, espera seis meses, tres, ocho dias tal vez, y las conocerás tambien como yo. (*yendo por el sombrero.*)

FED. Esperaré el tiempo que dispongais, porque espero que un dia vendrá en que apreciéis á Carlota.

ALD. Ese dia ha llegado; aprecio á Carlota mucho, pero su familia no vale nada. (*quiere salir.*)

FED. Explicaos, padre mio.

ALD. Oyeme; si permaneces siendo lo que eres, no serás gran cosa; es necesario que vayas mas lejos; necesitas proteccion y fortuna, porque sin esto, te quedarás Federico Alden, abogado sin causas, hijo de Rodolfo Alden, inspector de rentas; es decir, un pobre diablo, enterrado en el mas escondido cuartel de una aldehuela de provincia. Si al menos fuese rico... pase; pero soldado caduco, con un retiro de doscientos thalers y un destino de quinientos, al morir no te dejaré otra cosa que una casa sin deudas, y un nombre sin mancha. Los Rusberg están completamente arruinados; el padre es un loco, la madre una orgullosa, el hijo un jugador, y la hija... la hija ha sido educada como si debiera casarse con un principe reinante.

FED. Ya veis que esa educacion no ha influido en su corazon, puesto que me ama.

ALD. Canciones y mas canciones! Ve á visitar al consejero Volsem, y no mortifiques mas tiempo mis oidos con planes descabellados é imposibles!

FED. Imposibles!

ALD. Imposibles! Yo soy quien te lo dice; yo soy quien te lo repite. Nunca será tu muger la hija del recaudador del Estado Rusberg. (*se dispone á salir.*)

FED. Entonces, padre mio, nunca lo será otra, porque he dado mi palabra.

ALD. Qué? (*deteniéndose en la puerta.*)

FED. Contando con esta palabra, ha rehusado Carlota al baron de Volfrang, agregado á una embajada.

ALD. Pero la has dado tu palabra?

FED. Se la ha dado.

ALD. Le has dicho: «á fé de Alden?»

FED. La he dicho: «A fé de hombre honrado.»

ALD. No me engañas?

FED. Os lo juro!

ALD. Entonces... es preciso que te cases con ella.

FED. Padre mio!

ALD. Esto desbarata mis planes; esto me causa un gran disgusto; pero si has dado tu palabra, si has dicho á fé de hombre honrado, no lo serias faltando á ella. Es necesario que te cases.

FED. Oh! Sabia que erais el mas leal de los hombres!

ALD. Voy á verificar otras inspecciones. En fin, puesto que no tiene remedio, no hablemos mas de ello. Tú eres quien vá á esperar al recaudador del Estado, y á decirle... lo que tengas que decirle; yo en vez de examinar la caja hoy por la mañana, la examinaré esta noche. A Dios.

FED. Padre!

ALD. A Dios, á Dios! No me sorprende ahora que la chicuela me dijese que me queria, y que me besase las manos! Ah! Sirena! Sirena! (*vase.*)

ESCENA V.

FEDERICO, solo.

Ah! Se ha arreglado todo mejor de lo que yo creia. Bajo esa corteza ruda se encierra un buen corazon! Ahora puedo ir en busca de Carlota, y decirle... El señor Rusberg!

ESCENA VI.

RUSBERG, FEDERICO.

RUS. Buenos días, señor Federico! Esperaba la visita de vuestro padre; pero no la vuestra, mas lo inesperado de ella me la hace aun mas agradable.

FED. Es cierto lo que me decís? *(tomándole la mano.)*

RUS. Os digo la verdad; os amo y os estimo. Qué causa guía vuestros pasos?

FED. No es una causa vulgar.

RUS. En efecto, parecéis muy conmovido. Qué teméis?

FED. Una respuesta desfavorable á la demanda que vengo á haceros.

RUS. Lo que tengais que pedirme no puede ser deshonoroso. Ya os escucho.

FED. Una palabra os lo dirá todo; amo, y la muger á quien amo, es Carlota.

RUS. Amais á mi hija?

FED. Puedo decir: «Si, padre mio?» *(tomándole la mano.)*

RUS. Estaba lejos de creer... *(sentándose.)* Sentaos un momento.

FED. Dejadme oiros de pie.

RUS. No os detendré mucho tiempo; á franca demanda, franca respuesta. Amais á mi hija, y esto me satisface mucho, porque merece que la ame un hombre honrado como vos.

FED. Oh! me haceis feliz!

RUS. Esperad. Sois jóven, y debéis tener ambicion. Vuestra obligacion es ir al encuentro de la fortuna.

FED. Me está prohibido llegar á ella por el camino de la felicidad?

RUS. Señor Alden, no somos lo que creéis.

FED. Qué quereis decir?

RUS. Las apariencias os engañan, hijo mio! Nos creéis ricos, y somos pobres; el que ame á mi hija debe amarla por si misma; Carlota no tiene un florin de dote. Ahora dadme un abrazo, y no me negais vuestra amistad.

FED. Os abrazo, y os pido de nuevo su mano. Lo que acabais de decirme lo sabia ya.

RUS. Por quién?

FED. Por Carlota misma.

ESCENA VII.

Dichos, CARLOTA.

CAR. Qué es lo que sabiais?

RUS. Nos estabas escuchando?

CAR. No; pero al oirme nombrar... *(bajando la vista.)*

RUS. Por qué no me has revelado este amor, hija mia?

CAR. Como hace tiempo estais triste y abatido...

RUS. Le amas como él te ama?

CAR. No sé como me ama Federico, pero si sé que le amo con ternura.

RUS. Y os conocéis bien el uno al otro? *(tomando la mano de Carlota.)*

FED. Bendicidnos, padre mio!

RUS. *(tomando la mano de Federico.)* Reflexionad mis palabras. No os pregunto si os amais... os pregunto si os conocéis; no quiero saber si vuestro amor existe; deseo saber si durará.

FED. Respondo del mio, porque descansa menos sobre la belleza de Carlota, que sobre la estimacion que la profeso.

CAR. Padre mio, mas allá del esposo veo al amigo, y el amigo perdonará sus flaquezas á la mejor de las amigas.

RUS. Ambos lo quereis; Dios lo quiere tambien. Federico, tú eres el hombre; es decir, la fuerza. Considera

que los trabajos, los desvelos de la vida te conciernen; cuando los hayas soportado todo el dia, sacúdelos á la puerta, como un peregrino sacude el polvo del camino, y entra alegre en tu casa; respeta el alma de la esposa y de la madre, aun cuando ella no posea ya ese velo virginal que tus labios correrán un dia de la mejilla de la jóven inocente. Sé siempre el señor, pero nunca el tirano; ordena, no tortures.— Carlota, tú eres la muger, es decir, la debilidad, pero al mismo tiempo el encanto de la casa. Despues de los cuidados y los trabajos de la vida, que tu esposo halle en ti las ternura que consuela de todas las penas, la alegría que la hace olvidar. Estimareis estos deberes? Lo prometeis el uno y el otro?

FED. Siempre, padre mio!

CAR. Siempre!

RUS. Entonces, abrazadme; teneis mi bendicion; pediré por vosotros la de vuestra madre... Dejadme con ella... tengo tambien que hablarla de cosas que dichas delante de vosotros, entristecerian vuestros pobres corazones. Que no haya nubes para vosotros, si es posible, en un dia como este. *(Federico y Carlota van hacia el jardin, allí Carlota se deliene, vuelve á echarse en los brazos de su padre y sale con Federico.)*

ESCENA VIII.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Carlota con el señor Alden! *(saliendo puerta derecha.)*

RUS. *(invitándola á sentarse.)* Os lo explicaré al momento; tengo que hablaros.

SEÑO. Con qué gravedad me lo decís!

RUS. Os tengo que hablar de cosas graves, *(tomando una silla del fondo.)*

SEÑO. Me parece que habeis llorado!

RUS. Con los años de la juventud pasa el tiempo de las sonrisas. Reclamo toda vuestra atencion; y si por casualidad, en lo que voy á deciros, saliese de mis labios alguna palabra que os lastimase, protesto de antemano que será contra mi deseo.

SEÑO. Nada puede herirme viniendo de vos.

RUS. *(sentándose.)* Cuando me aceptasteis por esposo, yo era pobre y vos rica.

SEÑO. Rusberg!

RUS. Hay necesidad de establecer esta base. Educada en medio del lujo de una vida brillante, no tuvisteis valor para reformar ese lujo, ni yo fuerzas para rehusaros nada; habeis vivido, señora, no segun nuestro estado, sino segun vuestro nacimiento; me he contentado con ahorrar lo mas posible en mis gastos. Esta economia os ha permitido ser feliz un año ó dos mas, puesto que la felicidad la cifrabais en el lujo. He llevado las cuentas mas exactas, no diré de nuestra fortuna, si no de la vuestra; señora, estais completamente arruinada.

SEÑO. Arruinada!

RUS. Tengo en el pupitre la justificacion de lo que os digo, y las cuentas de mi administracion.

SEÑO. Mi marido darmé cuentas! He aquí lo que habeis previsto... hé aquí lo que me ofende.

RUS. No me comprendéis. Necesitaba probaros que cuando me casé con vos, buscaba vuestro corazon, no vuestra fortuna; necesitaba probaros, que esta fortuna ha sido siempre vuestra, y que de ella no se ha distraido la mas pequeña porcion, ni aun para educar á nuestros hijos. Ahora, esposa mia, no nos resta mas que mi sueldo de recaudador del Estado... quinientos florines. Ya veis que con esto es imposible sostener una casa que hasta ahora ha gastado seis ú ocho mil por

año. Por mi parte no tengo que hacer cambio alguno en mi existencia, porque siempre he vivido como un pobre empleado; pero de vuestra parte es diferente.

SEÑO. (*levantándose.*) Me someteré á todo, sintiendo una cosa solamente; que mi arrepentimiento no pueda espiar mis faltas.

RUS. De su sinceridad dependerá en adelante el reposo de nuestra vida. En cuanto á Carlota, se ha encontrado para ella un partido; el jóven Alden la ama, y acaba de pedirme su mano.

SEÑO. Y se la habeis concedido?

RUS. Con mucho placer.

SEÑO. Considerad que hará un casamiento pobre.

RUS. Os lo parece así?

SEÑO. Rango, educacion, relaciones de mundo... Todo daba á nuestra Carlota derecho para esperar mejor partido... sin contar con que somos de la nobleza.

RUS. Pobre nobleza... al menos por mi parte; nobleza de trage.

SEÑO. Y que esa desigualdad de clases podria perjudicar las miras de su hermano.

RUS. Si; sus miras respeto á la señorita de Quenisteng, una jóven, rica, noble, orgullosa, por la cual se arruina Eduardo, y que no consentira nunca en casarse con él. Sé que vais á tratar mi opinion de extravagante; sé, que gracias á vuestros gastos impremeditados, vos y vuestro hijo os creeis próximos al objeto; pero yo veo claro, y os anuncio que hoy ha de tener Eduardo la promesa de esa jóven, ó no volverá mas á esa casa.

SEÑO. Dándole un plazo tan corto, perdeis ciertamente la ocasion de establecer á vuestro hijo.

RUS. Tanto mejor!

SEÑO. Tanto mejor, decid?

RUS. Si; daré gracias á Dios con toda mi alma, al ver que un jóven bueno y leal sale de la sociedad de los jugadores y de los hombres disipados, para entrar en la senda de las personas honradas. Cristian? (*llamando.*)

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señor?

RUS. Decid á Eduardo que su madre quiere hablarle.

CRIS. Si señor, voy... (*turbado, llevándose la silla de Rusberg.*)

RUS. Ya conoceis mis intenciones, señora! Espero que en veinticuatro horas la familia Quenisteng haya tomado un decision respecto á vuestro hijo. (*á Cristian que no ha salido.*) Qué haceis?

CRIS. Es que el señor Eduardo...

SEÑO. Yo le veré. (*vivamente.*) No me hablasteis de entregarme unos papeles? (*á su marido.*)

RUS. Las cuentas? Celebro mucho que deseais verlas... Venid.

SEÑO. (*bajo.*) Cristian, no está mi hijo en su cuarto?

CRIS. No señora. (*bajo.*)

SEÑO. Ha salido ya, ó no ha vuelto desde ayer?

CRIS. No ha vuelto, señora.

SEÑO. Mas bajo! Esperadle, y prevenidme así que venga. (*alto á su marido.*) Ya os sigo, amigo mio. (*entran en el despacho.*)

ESCENA X.

CRISTIAN.

Esperar! Dios sabe cuanto tiempo esperaré! Pero si el señor Eduardo no viene, no faltan gentes que vengan por él! Cinco citaciones judiciales, y siete u ocho facturas para hoy solamente, y apenas son las diez de la mañana.

ESCENA XI.

CRISTIAN, ENRIQUETA; despues SALOMON.

ENR. Señor Cristian, en la antesala hay muchos artesanos, y un hombre muy feo y muy mal vestido; todos preguntan por el señor Eduardo.

CRIS. Decidles que no está.

SAL. (*sacando la cabeza por la puerta del foro*) Se puede entrar? (*se desliza en el salon como una culebra.*)

CRIS. Vos otra vez?

ENR. Este es el feo! (*bajo á Cristian.*)

CRIS. Qué venis á hacer aqui?

SAL. Vengo á decir dos palabritas á mi muy querido señorito Eduardo.

CRIS. No está en casa!

SAL. Válgame Dios, y cuanto lo siento!

CRIS. Decidme lo que quereis decirle, y yo se lo transmitiré.

SAL. Con mucho gusto. Quería participarle, que la cuentecita... la cuentecita de cien luises... Ya sabeis.

CRIS. No; no sé nada.

SAL. No lo sabeis! Loado sea Dios! Pues bien... teniendo yo necesidad de un poquito de dinero, me he visto obligado á deshacerme de todos los créditos que tenia en mi favor; de suerte que el señorito Eduardo no está ya en mi poder. Y como el que ahora lo posee, no tiene el mismo buen corazon que yo... aunque me esté mal el decirlo...

CRIS. Acabad!

SAL. Ha entablado contra él... ¡que atrocidad! un juicio ejecutorio!

CRIS. Lo que quiere decir, que si el señor Eduardo no paga...

SAL. Dentro de veinticuatro horas...

CRIS. Será preso?

SAL. No sabeis las lágrimas que he derramado. (*se enternece y saca un pañuelo muy roto, con el cual finge limpiarse las lágrimas.*)

CRIS. Ladron!

SAL. Con quién hablais?

CRIS. Te llamo por tu nombre! (*bajo á Enriqueta.*) Tratad de librarnos de todos los que hay fuera.

ENR. (*bajo.*) No quieren irse. Dicen que esperan al señor Eduardo, aunque sea hasta mañana.

SAL. Estoy seguro de que esta preciosa niña anuncia por lo bajo, que ha vuelto el señorito Eduardo.

CRIS. Quereis saber lo que me dice?

SAL. No soy curioso, pero si os empeñais...

CRIS. Dice que la señora de Rusberg os ha visto entrar.

SAL. Pobre señora mia! Dios le conserve los ojos!

CRIS. Y que intranquila al saber que está en su casa un hombre de tan mal aspecto como vos, me ordena le diga quién sois.

SAL. Y qué le respondeis?

CRIS. Qué sois un viejo infame, al que voy á poner en el arroyo.

SAL. Señor Cristian! (*amenazando.*)

CRIS. Señor Salomon!

SAL. Vuestro muy humilde servidor, señor Cristian. (*con mucha dulzura y vase.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos SALOMON.

CRIS. Cuando reflexiono que la ley no puede herir á esos reptiles, que se escapan siempre, y que al abrigo de toda persecucion pueden, con descaró, devorar la poca sustancia que nos resta!

ENR. Ah! teneis razon, señor Cristian! Creo que á juz-

gar por lo que pasa, poco nos resta. Sabéis que la señora me despide?

CRIS. No podía tardar...

ENR. Me despide lo mismo que á la otra doncella. Además, el señor vende sus caballos, y ha arreglado las cuentas del cochero, del criado, y del cocinero, si bien ahora... (se oye ruido en la antesala.) Qué es eso?

CRIS. El señor Eduardo que entra y sacude á sus proveedores.

ENR. Dios mio!

CRIS. (abriendo la puerta del jardín.) Pasad por aquí, si teméis hallaros en medio de ese laberinto.

ENR. Prevengo á la señora que ha vuelto el señor Eduardo?

CRIS. Si; no, dejadme ese cuidado. (vase Enriqueta.)

ESCENA XIII.

CRISTIAN, EDUARDO vestido con mucha elegancia, pero en desorden.

EDU. Idos al diablo! (cerrando la puerta con violencia.) Cristian, quiénes son todos esos miserables que pueblan la antecámara?

CRIS. Señor, esos miserables son personas á quienes habeis comprado alhajas, ó que os han prestado dinero, y vienen hoy á que se les pague.

EDU. He prohibido que se deje entrar á esa canalla.

CRIS. Pero ellos han entrado á pesar de la prohibicion.

EDU. No hay criados aquí? Qué hacen el cochero, el cocinero, y el ayuda de cámara?

CRIS. Hacen sus maletas.

SAL. (entreabriendo la puerta.) Lo siento mucho, pero quiero cobrar...

EDU. Otra vez!

CRIS. Esperadme! (se lanza detrás de Salomon, que echa á correr.)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

Oh qué vida, Dios mio! El cocinero, el ayuda de cámara, y el cochero hacen sus maletas! Será verdad, como mi madre me decia, que estamos arruinados? Ah! pobre madre! Y cuando reflexiono que con una poca de suerte podria repararlo todo... que esta noche he tenido hasta quince mil florines delante de mi, y que con el doble de esta suma pagaba mis deudas, y no jugaria mas... He querido doblar... pero he perdido... Cristian! Cristian!

ESCENA XV.

EDUARDO, CRISTIAN.

CRIS. Señor, un poco de paciencia; es muy difícil despedir á las gentes que vienen á reclamar su dinero.

EDU. Y han partido?

CRIS. Si.

EDU. Podré tener un cuarto de hora tranquilo?

CRIS. Lo espero.

EDU. Toma, Cristian. (sacando su reloj, su cadena y el alfiler de la corbata.)

CRIS. Qué quereis?

EDU. Necesito dinero; vende este reloj y ese alfiler; valen cien luis.

CRIS. Pero señor, apenas me darán treinta.

EDU. Si te dan treinta, tómalos.

CRIS. Señor!

EDU. Corre!

CRIS. Lo quereis así?

EDU. Si, es preciso que vuelva de donde vengo. Espera. Ha preguntado mi padre por mi?

CRIS. Anoche y hoy por la mañana.

EDU. Y mi madre?

CRIS. Muchas veces.

EDU. Pobre madre! Mi hermana! (viéndola.) Vé, y no digas una palabra. Necesito dinero... lo necesito: toma lo que te den, aunque no sean mas que veinte luis... no te detengas!

ESCENA XVI.

EDUARDO, CARLOTA.

CAR. (echándose en sus brazos.) Buenos dias, Eduardo!

EDU. Buenos dias, hermana.

CAR. No has venido esta noche?

EDU. Ya lo ves.

CAR. Qué mal haces, Eduardo. (tristemente.)

EDU. Vamos, vienes á predicarme moral? (yendo á sentarse en el sillón de la derecha.)

CAR. (apoyándose en su respaldo.) No; vengo á decirte que cuando no vienes, tu hermana y tu madre lloran mucho. Y mi padre... Dioste perdone, Eduardo, porque tú no lo haces con mala intención... mi padre llora tambien.

EDU. Qué quieres, hermana mia? Estoy en un mundo en el que me distraigo; una discusion interesante arrebatada, se estiene mas de lo que se piensa; uno propone tomar alguna cosa, y la noche se desliza de esta manera.

CAR. Eduardo, el mundo nos ha arrebatado tu corazon; con tal que sepa apreciarlo!

EDU. El corazon del hijo y del hermano, está siempre con vosotros; el corazon del amante es el que está en otra parte.

CAR. Y esa muger, por la que tantos sacrificios haces, te amará al menos?

EDU. Así lo espero.

CAR. No te lo ha dicho?

EDU. No; pero me lo ha dejado adivinar.

CAR. Eduardo, cuando se ama, no se deja adivinar; se dice claramente.

EDU. Carlota!

CAR. Si; y me parece un proceder sencillo; yo amaba á Federico Alden, y se lo he dicho.

EDU. Y qué han pensado de ello nuestros padres?

CAR. Han pensado que habia hecho muy bien.

EDU. (levantándose.) Si; eso es lo que pasa en la clase media.

CAR. En la clase media! Esa ambicion por salir de tu clase, es la que te pierde.

EDU. Veo que mi hermana me considera como perdido.

CAR. Si tú quisieras, qué felices podriamos ser aun!

EDU. Tranquilizate, hermana mia, todo se remediará.

CAR. (llevándole delante de un espejo.) Entre tanto, mírate en este espejo.

EDU. Las emociones del juego! He perdido! (se pasea con agitacion.)

CAR. Eduardo, tú necesitas dinero; yo no tengo mucho, pero me consideraria tan feliz si lo aceptases... Toma, hermano mio, es mi bolsillo!

EDU. Carlota!

CAR. Sé que es muy poco; pero nunca he tenido alhajas. No importa; toma esto!

EDU. Ah! (cubriéndose el rostro con las manos y dejándose caer en el sillón derecha.)

CAR. Madre mia! (viendo á su madre, que acaba de entrar y que se ha ocultado.)

ESCENA XVII.

Dichos, SEÑORA DE RUSBERG. Carlota sale al encuentro de su madre y la abraza tiernamente.

CAR. Sed buena para él!

SEÑO. Ah! no es mi severidad la que debe temer. Eduardo?

EDU. Madre mia! (*se estremece y se levanta para ir al lado de su madre.*)

SEÑO. Has perdido otra vez?

EDU. Si.

SEÑO. Mucho?

EDU. Demasiado!

SEÑO. Sabes que nuestra fortuna está agotada?

EDU. Lo sé.

SEÑO. Sabes que somos pobres, muy pobres?

EDU. Madre querida!

SEÑO. Escucha; las cosas no pueden permanecer en este estado mucho tiempo.

EDU. Lo comprendo!

SEÑO. Es preciso que la muger á quien amas, corresponda ó rechace tu amor; te diga si, ó no: tu padre lo exige.

EDU. Si, madre mia, tiene razon; es preciso.

SEÑO. Y si te rechazase?

CAR. (*vivamente.*) Ella le ama, él lo cree al menos.

EDU. Me ama, madre mia.

SEÑO. Rechazarte! Piensas que una muger puede rechazar á mi hijo; porque no es bastante rico; porque la fortuna á que tenia derecho, yo la he disipado locamente?

EDU. No digais eso, madre mia!

SEÑO. Pobre! Soy pobre, y para ser feliz, hijo mio, se necesita dinero.

EDU. Madre mia, os juro que todo se decidirá hoy.

SEÑO. Pero y si te rechaza, desgraciado?

EDU. No estareis á mi lado? Me consolareis en mi amor deshecho, y yo me esforzaré para distraeros en vuestra fortuna perdida! Oh! si ella me rechaza; yo que tanto he respondido de su fé! Tendria que reparar muchas faltas para con vos, para con mi hermana, para con mi padre, y tal vez, para conmigo mismo. Si me rechaza! Oh! madre mia! Si me rechaza, seré muy desgraciado.

SEÑO. Aquí está tu padre!

ESCENA XVIII.

Dichos, RUSBERG.

RUS. Eduardo, osha hecho conocer mi voluntad vuestra madre?

EDU. Si, padre mio.

RUS. Habeis llorado?

EDU. Mi madre es desgraciada!

RUS. Por culpa vuestra.

SEÑO. Rusberg!

CAR. Padre mio!

RUS. Eduardo, quiero que sin pérdida, de un instante vayas á ver á la familia de Quenisteng; necesito de su parte una respuesta clara y precisa.

EDU. La tendreis, padre mio, y permitidme esperar que sea satisfactoria. Si hubieseis consentido en ir una vez sola á esa casa, habriais visto...

RUS. Lo que vos no veis... que se os desprecia.

EDU. Padre!

RUS. Basta! Podriais ser el primero de vuestra clase y quereis ser mejor el último de otra; id á buscarme esa respuesta... la espero. Pero como os han visto este reloj y este alfiler, recobradlos; necesitais treinta luises; tomadlos... mas no los jugueis, Eduardo, son los últimos de que disponemos.

EDU. Padre mio!

RUS. Qué os pasa?

EDU. Guardad ese dinero; guardadlo. No lo quiero... permanezco aqui.

SEÑO. Hijo!

EDU. No, no; no iré mas. No me dejeis, madre, hermana mia; decidme que podeis perdonarme, y no vuelvo á la casa maldita.

RUS. Bien, Eduardo, mas para que yo pueda contar con tu resolucio, es preciso que sea puesta á prueba. Toma; si á tu vuelta has podido resistir á la tentacion fatal, si has sabido triunfar de ti mismo, entonces, hijo mio, habrás hecho alguna cosa grande; entonces podras cumplir la promesa que nos hagais. Yo mismo te abro la puerta; yo mismo te invito á salir. Ve á la casa de la señorita de Quenisteng.

EDU. Padre!

RUS. Ve... esperare á tu vuelta para abrazarte.

(Rusberg se sienta á la izquierda, la señora de id., vá al lado de su marido; Eduardo pronto á salir, saluda á su padre, y abraza á su hermana. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CRISTIAN, solo.

Me dicen que arregle el salon! Si esto continua así, vá á ser una cosa muy facil el arreglar toda la casa. No habrá nada en toda ella.

ESCENA II.

CRISTIAN, UN LACAYO de gran librea.

LAC. Puesto que nadie me responde, entro.

CRIS. Qué quereis?

LAC. Está el señor Eduardo Rusberg?

CRIS. En este instante no, qué le quereis?

LAC. Traigo una carta de mi amo, el baron Danberg... Se trata de una deuda del juego.

CRIS. (*viendo á Rusberg que sale de la Caja.*) Chist! No digais nada delante del padre.

LAC. Comprendo.

CRIS. Si tiene respuesta se llevara.

LAC. No; voy al hotel de Europa, y al volver entrare por ella.

CRIS. Idos! (*el criado sale.*)

ESCENA III.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG, CRISTIAN.

RUS. Quién es ese hombre?

CRIS. El lacayo del baron de Danberg, que traia una carta de su amo para el señor Eduardo.

RUS. Es decir que este no ha vuelto?

CRIS. Todavia no.

SEÑO. Pero ya no puede tardar.

RUS. Cristian, vé á la antesala; espero con impaciencia al señor Alden. Si hay algun acreedor ó algun agente judicial esperando á Eduardo, trata de alejarles para que no se hallen en contacto con el inspector.

CRIS. Haré lo que pueda, señor.

ESCENA IV.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

RUS. Pobre Cristian! Ya sé que harás lo que puedas; todos hacen aqui lo que pueden, y vos la primera, esposa mia; dejadme daros las gracias por el valor con que has cumplido la promesa, y preparate para realizar el último sacrificio.

SEÑO. Cuál?

RUS. Hay que poner en venta esta casa.

SEÑO. Oh! una casa que habitamos hace veinticuatro

años, una casa que era de mis antepasados!

Rus. Quieres mas que tengamos deudas? Quieres mas que seamos perseguidos? Quieres mas que se dude de mi y que me vea obligado á dar mi dimision de recaudador del Estado?

SEÑO. Oh! no, no. Vuestro destino es nuestro único recurso. Vended la casa cuando querais.

Rus. Silencio! Aquí viene el señor Alden á fijar conmigo las condiciones del casamiento de nuestros hijos.

ESCENA V.

Dichos, ALDEN, CARLOTA.

CAR. No os agrada mas que sea yo quien os introduzca?

ALD. Si, pero no queria incomodaros

CAR. No me incomodais; sabia que veniais, y os he esperado.

Rus. Bien venido, señor Alden.

ALD. (secamente.) Servidor, señor consejero; servidor, señora.

SEÑO. Caballero...

ALD. Vengo antes de lo que me esperabais, no es verdad?

Rus. A cualesquiera hora sois muy bien venido. Pero en dónde está nuestro abogado?

ALD. Haciendo una defensa en el tribunal; pero tan luego sea absuelto ó condenado su hombre, vendrá aqui.

CAR. Estoy segura de que ganará su causa.

ALD. Sabéis, señora, que teneis aqui una muchacha encantadora? Qué edad?

SEÑO. Diez y siete años.

ALD. Ea, vamos á ver. Los dos chicos quieren casarse?

Rus. Asi parece.

ALD. Bien; no encuentro inconveniente.

SEÑO. (picada vá á sentarse á la izquierda.) No veis inconveniente! Eso nos envanece mucho, señor Alden.

ALD. No, no os hagais ilusiones; porque no siempre ha sido asi.

SEÑO. Señor inspector, esta es la primera vez que oigo una cosa semejante.

ALD. Y si es la verdad, por qué no la habeis de oir?

SEÑO. Con que este casamiento os desagradaba?

ALD. Quiero decir, que cuando mi hijo me habló de él por primera vez... hubiera querido mas romperme las dos piernas.

SEÑO. Muy agradecidos, señor Alden.

ALD. Yo no sé disimular, señora; cada cual tiene sus proyectos respecto á sus hijos. Al principio, pues, me desagradó el asunto; pero luego dije para mi, la chica es buena, el padre es honrado... la madre... solamente la madre es la que tiene la cabeza algo atronada...

SEÑO. Señor Alden!

ALD. Mi hijo ha dado su palabra, y como yo nunca he faltado á mis promesas, no quiero que mi hijo falte á las suyas... Por eso he consentido...

CAR. Escuchad. (lleva á Alden á la derecha.) Para recompensaros por haber consentido en nuestro casamiento, nuestro único pensamiento será vuestra distraccion, vuestra alegria y vuestra felicidad.

ALD. De veras, hija mia?

CAR. Os lo juro en mi nombre y en el de Federico.

ALD. Con que es decir que os encargais de mi?

CAR. Vivireis en nuestra casa con nosotros, y vereis cuanto os cuidaremos.

ALD. Eso no me disgustará. Hace ya cinco años que perdi á mi pobre Margarita, á mi idolatrada muger, que tenia diez años menos que yo. Contaba con ella

para mi vejez, porque debía sobrevivirme en el orden comun de las cosas. Pero las tornas se volvieron, y echó á andar delante de mi para el otro mundo. Mi hijo tiene sus negocios, sus estudios, sus relaciones... Además, los hombres... De suerte que ya no tengo á nadie que me cuide; cuando, de tiempo en tiempo, la vejez me hace decir: «Espérame, Margarita; no tardaré mucho en reunirme contigo.» Nuestro cuerpo encierra una porcion de servidores que nos obedecen sin réplica, mientras que somos jóvenes. Es preciso estirar la pierna? La pierna se estira por sí sola. Es preciso levantar el brazo? El brazo está en el aire antes que el pensamiento haya tenido tiempo de mandárselo. Pero llega una hora, hija, en la que estos criados... es verdad que nos sirven aun, pero á cada paso raciocinan, hacen observaciones, y gruñen, hasta que un dia, se niegan del todo á hacer el servicio. Entonces, buenas noches... es preciso marcharse. Gracias á Dios no estoy aun en ese caso, y cuento todavia con diez años para haceros rabiar. Abrazadme, hija mia; y nosotros, señor consejero, vamos á arreglar el asunto. (toma el brazo de Rusberg.) Señora de Rusberg, servidor vuestro... Por qué lado vamos?

Rus. Por aqui, señor Alden. (salen por la derecha.)

ESCENA VI.

SEÑORA DE RUSBERG, CARLOTA.

CAR. Qué hombre mas excelente! No es verdad, madre mia?

SEÑO. Es preciso acostumbrarse á su rudeza.

CAR. Si, pero el corazon es bueno! (Cristian entra y le habla.)

SEÑO. Qué dice Cristian?

CAR. Mi hermano entra con uno de sus amigos, el caballero Ritan, y Cristian cree que querrán estar solos.

SEÑO. Dios mio! serán nuevas desgracias?

CAR. Bajemos al jardin, mamá, y asi que parta el caballero Ritan, Cristian nos avisará. No es verdad, Cristian?

CRIS. No faltaré, señorita.

CAR. Vamos.

SEÑO. Con tal de que esto no acabe peor de lo que tememos!

CAR. Valor, madre mia... Dios está con nosotros! (vanse.)

ESCENA VII.

CRISTIAN, solo.

Me parece que por el momento es el diablo! He visto venir desde lejos al señor Eduardo, y trae un aire tan sombrío...

ESCENA VIII.

CRISTIAN, EDUARDO, RITAN, EL BARON.

RIT. Vamos, la frente erguida! Valor! No eres hombre?

Edu. Si, tienes razon, Ritan... valor!

RIT. Qué diablo! No eres un jugador de ayer!

CRIS. (Apuesto á que en vez de ir á casa de la señorita de Quenisteng, ha vuelto al juego.)

RIT. Luego, tu obstinacion en aquella carta...

Edu. Si, esa obstinacion me ha costado cara. He perdido cuanto llevaba, y ademas mil escudos sobre mi palabra con el baron Danberg.

CRIS. A propósito del baron Danberg, su lacayo sale de aqui, y me ha dejado para vos esta carta.

Edu. Si, sé lo que es. (estruja la carta.)

RIT. No lees esa carta?

Edu. A qué fin? Me pide sus mil escudos! Le habia

ofrecido que los tendría á las nueve, y ya son las doce.

CRIS. El lacayo ha dicho que al volver del Hotel de Europa se pasará por aquí.

EDU. Está bien! (vá á sentarse á la izquierda.) Déjanos, Cristian.

CRIS. Es que tengo que entregaros aun...

EDU. Qué?

CRIS. Otro papel.

EDU. Dame.

CRIS. Tiene sello oficial.

EDU. Vete... Está visto... (leyendo.) Es una maldición!

RIT. Qué es?

EDU. Que hasta ahora solo hemos visto el relámpago; ahora acude el trueno!

RIT. Pero habla.

EDU. Recuerdas aquel asunto de los mil doscientos florines?

RIT. Por el cual te perseguían...

EDU. Acaban de obtener en la cancillería un auto de prisión contra mí.

RIT. Diablos! Eso es más serio!

EDU. (amargamente levantándose.) Si... y mi frente arde! Oh! No hay otro recurso! Ritan, puedo contar contigo?

RIT. En no siendo para cosa de dinero... Ya sabes que estoy como tú.

EDU. No se trata de dinero. Esta mañana salí para ir á la casa de la señorita de Quenisteng.

RUS. Comprendo.

EDU. Había ofrecido á mi padre traer un sí ó un no; pero desconfiando de mi audacia para solicitar de viva voz una respuesta semejante, había preparado una carta. Al pasar por delante de la casa de juego reflexioné que tenía treinta lises en mi bolsillo, que con estos treinta lises y un poco de fortuna podía adquirir dos ó trescientos mil escudos, con lo cual sería más osado para hablar de casamiento. He entrado, y todo lo he perdido.

RIT. Y me has traído á tu casa?

EDU. Para suplicarte que me prestes un servicio.

RIT. Única cosa que puedo prestar...

EDU. Es preciso que hoy se decida mi suerte. Vé á la casa de la señorita Quenisteng, y entrégale esta carta.

RIT. Esta carta! Si es la del baron Danberg.

EDU. Es verdad! (con desesperacion.) Esto acabará quitándome la vida!

RIT. Mira, Eduardo, lee esa carta; acaso es menos urgente de lo que crees. (Eduardo toma y lee la carta.)

EDU. «Caballero, habeis perdido mil escudos contra mí, los cuales debian serme pagados á las nueve de la mañana; son las doce y estoy esperando todavía. Os ruego que entreguéis los mil escudos á mi criado, con los cuales pagaré una deuda que he retardado, porque no es deuda de honor. Barón Danberg.» Lo ves? Marcha á la casa de la señorita de Quenisteng. Toma la carta.

RIT. Confias mucho en este paso?

EDU. Qué quieres decir?

RIT. Quiero decir, que acribillado de deudas como lo estás, la proposicion es no solo ridicula, sino...

EDU. Acaba.

RIT. Lo diré; poco delicada.

EDU. Seria de tu opinion, si yo no hubiera contraído por ella estas deudas.

RIT. Eso será muy difícil persuadirselo.

EDU. No, porque me ama.

RIT. Estás bien seguro?

EDU. Qué es lo que te hace creer lo contrario?

RIT. Escucha; me parece que una jóven que ama á un hombre, no consiente que se mofen de él en su presencia.

EDU. Y quién se ha permitido?

RIT. Todo el mundo; hombres y mugeres á cual mas.

EDU. Ritan, necesitaba que me sostubieses; y me matas.

RIT. No importa; estoy á tus órdenes.

EDU. No; yo mismo voy; (tomando el sombrero de la mesa.) y si veo á uno solo de esos fátos... Espérame!

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. No salgáis, señor.

EDU. Por qué.

CRIS. Esta mañana vino el judío Salomón, y lo despedí.

EDU. Bien hiciste.

CRIS. Pero el juicio que ha entablado contra vos, es ejecutorio, segun parece.

RIT. Esto nos faltaba!

CRIS. De suerte, que acaba de traer los medios de arresto, y si salís, podriais ser preso.

EDU. Todo á la vez! Todo junto!

ESCENA X.

Dichos, EL LACAYO.

LAC. El señor Eduardo Rusberg?

EDU. Qué me quieres?

LAC. Esta mañana vine á traer una carta de mi amo el señor Barón Danberg.

EDU. Bien, la veré... Decidle que le pido veinte y cuatro horas.

LAC. Mucho temo que se incomode; no obstante iré á darle la respuesta á la casa en donde se halla ahora.

EDU. En donde se halla?

LAC. En la de la condesa de Quenisteng.

EDU. En su casa!

LAC. Se desayuna con esas señoras!

EDU. Entonces, esperad en la antecámara... Soy con vos dentro de un momento. (Cristian y el Lacayo vanse.)

ESCENA XI.

RITAN, EDUARDO.

RIT. Soberbia complicacion.

EDU. Si, no es verdad?

RIT. Ese hombre no la ocultará nada.

EDU. Si no le pago; pero si le pago, nada dirá.

RIT. Pagarle tú?

EDU. Si, yo, yo! Lo verás! (vase por la puerta que dá á la caja.)

RIT. (solo.) Pues si tiene dinero, por qué aguarda al último momento?

EDU. Ritan! (volviendo muy pálido.)

RIT. Qué?

EDU. Puedo contar con tu amistad, no es verdad? Crees que una vez pagadas esas gentes, se aumenta la probabilidad de mi enlace con la señorita de Quenisteng?

RIT. Sin duda. Pero qué es lo que tienes?

EDU. Nada!

RIT. Nada? Y estás pálido como un muerto, y tu frente se inunda de sudor?

EDU. Nada te digo! Espérame! (entra en la caja.)

RIT. Si comprendo una palabra de este laberinto, consiento en pagar á mis acreedores.

EDU. Aquí hay dinero. (saliendo de la caja, mas pálido,

y con cartuchos de dinero en las manos.)

RIT. Eduardo!

EDU. El dinero del mayordomo, el dinero del judío, el dinero de las compras... Encargáte de todo esto, Ritan, y una vez pagados, lleva esa carta.

RIT. Eduardo, este dinero...

EDU. Qué te importa? (con fiebre.) Yo soy quien te lo da; yo soy quien responde.

RIT. Pero...

EDU. Corre, no te detengas; apresúrate como si tu alma estuviese en peligro.

RIT. No obstante...

EDU. Te digo que vayas! Cada instante de retraso me es mortal! (lo empuja fuera.)

ESCENA XII

EDUARDO, solo.

En efecto.... no se engañaba... (cae abatido en una silla; despues viendo que ha dejado abierta la puerta de la caja, corre á cerrarla; dando despues algunos pasos, se encuentra delante del espejo.) Estoy muy pálido!

ESCENA XIII

EDUARDO, CRISTIAN.

CRIS. Señor! (asombrado.)

EDU. Qué?

CRIS. Está pagando.

EDU. Quién?

CRIS. El señor Ritan. De dónde viene tanto dinero?

EDU. Silencio! (empujando á Cristian, y pasando por delante de él.) Federico Alden! Ni una palabra mas si estimas tu vida!

ESCENA XIV

Dichos, FEDERICO.

FED. Buenos días, Eduardo.

CRIS. Serán ciertas mis sospechas? (ap. vase.)

ESCENA XV

FEDERICO, EDUARDO.

EDU. Ah! sois vos?

FED. Vos? (asombrado.)

EDU. No... tú... Perdóname! (se deja caer en el sillón de la derecha.)

FED. Querido Eduardo, una buena noticia.

EDU. Cuál?

FED. Acabo de salvar la vida á un hombre.

EDU. Y llamas á eso una buena noticia?

FED. Cómo?

EDU. Quiero decir, que hay momentos en que la vida no merece que se tomen el trabajo de salvarla.

FED. Ah! mi cliente no pensaba como tú.

EDU. Tu cliente?

FED. Si, el anciano Sivert, el recaudador de Heildelberg, aquel en cuya caja se ha reconocido un déficit de quince mil francos. No has oido hablar de este terrible asunto?

EDU. Si, creo que si.

FED. (yendo á poner su sombrero sobre la chimenea.)

Ah! La defensa era difícil! Hace tiempo que esta clase de crímenes se hacen tan frecuentes, que el gran Duque ha decretado la pena de muerte para el ladrón en las cajas públicas.

EDU. Y esa pena, se impone aun cuando... (levantándose.)

FED. Aun cuando qué?

EDU. Aun cuando el hombre que toma dinero de un caja pública, no sea siempre un ladrón?

FED. Qué estás diciendo?

EDU. Sin duda. Tu cliente, el anciano Sivert, tenia tal

vez la intencion de volver al dia siguiente á la caja esa suma que habia tomado.

FED. Pero considera que de ese modo, el primer truan vendria á disponer del dinero del estado para sus placeres ó sus necesidades.

EDU. Pero tu cliente ha sido absuelto?

FED. No; ha sido condenado á presidio, en vez de serlo á muerte.

EDU. Desgraciado! Y llamas á eso haber ganado la causa?

FED. Pero qué humor tienes hoy? Qué te pasa?

EDU. A mi? Nada! A Dios, Federico.

FED. Eduardo!

EDU. Un presidio! (saliendo por la antecámara.) Un presidio!

ESCENA XVI

FEDERICO, SEÑORA DE RUSBERG y CARLOTA.

FED. Pero qué podrá acontecerle?

SEÑO. Señor Federico, crei que estaba (Eduardo con avos.)

FED. Estaba, pero ha subido á su cuarto.

SEÑO. Iba tranquilo?

FED. Me ha parecido tan agitado, que iba á preguntarle la causa.

SEÑO. Un corazon que ama, se engaña con harta frecuencia.

CAR. No son todos tan felices como nosotros.

FED. (bajo.) Carlota, lo primero que hemos de hacer es, libertarle de sus acreedores.

CAR. Oh! Qué bueno sois, Federico! (id.)

ESCENA XVII

Dichos, RUSBERG, ALDEN; despues EDUARDO.

ALD. Bravo, hijos míos! (viniendo entre los dos.) bravo! Los padres hacen los negocios, y los chicos el amor; cada cual está en su empleo. Como ha ido el asunto en el tribunal, Federico?

FED. Abrazadme, padre mio! He salvado hoy la vida de un hombre! Creedme, Carlota... es una dote magnífica la que hoy os presento.

ALD. Señor Rusberg, vamos á hacer esta noche lo que habiamos de hacer mañana temprano, y no hemos perdido el tiempo casando á nuestros hijos.

EDU. Mi padre y el señor Alden! (entrando.)

SEÑO. Es él! (viéndole.)

RUS. Qué ha pasado, Eduardo?

EDU. Os lo diré todo cuando estemos solos.

ALD. Vamos, vamos; se acerca la hora de comer, y soy tan arreglado en mis comidas, como vos en vuestras cuentas. (entran en la caja.)

ESCENA XVIII

Dichos, menos ALDEN y RUSBERG.

EDU. A dónde van? (siguiéndolos con la vista muy inquieto.)

SEÑO. Eduardo!

EDU. Madre mia!

SEÑO. Si, ó no?

EDU. Lo sé aun! Ha vuelto Ritan?

SEÑO. No; por qué?

EDU. Porque le he encargado del paso. (en voz baja.) Carlota, á dónde han ido?

CAR. Quiénes? (idem.)

EDU. Nuestro padre y Alden.

CAR. (sonriéndose.) Estaban tan conmovidos por la felicidad de Federico y la mia, que para dominar la emocion, han ido á examinar la caja.

EDU. A examinar la caja?

CAR. Si, hoy es cinco... dia de inspeccion.

EDU. Desgraciado! Lo había olvidado!
 ALD. Socorro! socorro! (*en la caja.*)
 SEÑO. Dios mio!
 CAR. Qué es esto?
 FED. Es la voz de mi padre.
 EDU. Soy perdido!

ESCENA XIX.

Dichos, ALDEN.

ALD. Federico, un médico! Pronto! Corre y vuelve con él!
 FED. Un médico, para quién?
 ALD. No me preguntes... ve! (*Federico sale corriendo.*)
 SEÑO. Qué es lo que tiene mi marido?
 CAR. Qué es lo que tiene mi padre?
 ALD. Vinagre, sales!... (*á Carlota.*) Hija mia, por el amor de Dios, no dejes entrar á nadie mas que al médico y á mi en el cuarto de vuestro padre.
 CAR. Dios mio! Dios mio! (*desaparece un momento por la derecha.*)
 ALD. Voy á deciros lo que hay, señora; hay que faltan cinco mil escudos en la caja de vuestro marido.
 EDU. Ah! (*cayendo en un sillón.*)
 SEÑO. Decis verdad, caballero?
 ALD. Si señora, por desgracia; faltan mil lises de oro; y al ver esto, ha caído sin aliento vuestro esposo! (*Carlota vuelve.*)

EDU. (*Padre mio!*)
 CAR. Quiero verlo... quiero verlo.
 ALD. Silencio, niña. Acercaos, señora.
 SEÑO. Por qué me habláis así?
 ALD. En dónde está ese dinero?
 SEÑO. Me lo preguntáis á mí!
 ALD. Si, os lo pregunto á vos, porque vos lo sabeis. Volved esa suma á la caja de vuestro marido, y nada he visto.
 SEÑO. Yo!
 ALD. Es un robo doméstico; la caja no está fracturada.

ESCENA XX.

Dichos, FEDERICO.

FED. Qué caja, padre mio?
 ALD. La caja pública en que faltan cinco mil escudos. En dónde está el médico?
 FED. Le he hecho conducir al lado del señor Rusberg.
 SEÑO. Mi marido!
 ALD. Os digo que permanezcáis aquí. (*deteniéndola.*)
 FED. Y se conoce al ladrón?
 ALD. Se sospecha al menos. (*mirándola.*)
 SEÑO. Ah! será él! (*como inspirada.*)
 ALD. Ya os decia que conoceriais al ladrón.
 SEÑO. Caballero, no nos perdáis.
 ALD. Os digo que se entreguen los cinco mil escudos ó arrancaré su honor de vuestras manos, aun cuando no sea mas que para devolverlo á su cadáver.
 SEÑO. Caballero!
 FED. Pero de quién sospechais?
 ALD. Mira á la frente á esa muger, y conocerás al culpable.
 EDU. Mentis! (*adelantándose y con esplosion.*) El culpable soy yo!
 ALD. Vos!
 FED. Y CAR. Desgraciado!
 EDU. Si, acosado por el destino, agobiado por la fatalidad, tentado por el demonio, he tomado ese dinero; el culpable está delante de vos; que haga de mí lo que quiera la justicia.
 ALD. Ven, Federico.
 FED. Por qué, padre mio?

ALD. Porque no tienes nada que hacer aquí.
 CAR. Señor Alden!
 ALD. Rompo el casamiento!
 CAR. Ah!
 FED. Jamás!
 ALD. No quiero que seas cuñado de ese hombre, ni hijo de esa muger.

EDU. Señor Alden, despreciadme, atormentadme, denunciadme, si quereis... todo lo merezco; pero no insulteis á mi madre... ó temblad!

FED. Eduardo!

SEÑO. Hijo mio!

CAR. Hermano!

ALD. Si; amenaza como lo haria un hombre honrado... miserable!

EDU. Si, si, á mi cuanto queráis, pero á mi madre ni una palabra!

ESCENA XXI.

Dichos, RUSBERG, apareciendo pálido y desfallecido en el dintel de la puerta de la caja.

Rus. Eduardo!

EDU. Padre! (*yendo á caer á los pies de su padre.*) maldecidme!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Una maleta en un sillón.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Pobre niña! (*sentada abrazando á Carlota, que está de rodillas á sus pies.*) Estabas en el colmo de la alegría, en lo mas puro de la felicidad, y yo te he precipitado desde lo alto de tu alegría y de tus esperanzas. Porque ese hombre tenia razon cuando decia que era yo la que habia tomado los mil lises de la caja de tu padre.

CAR. Madre, no habléis así, que me destrozais el corazón.

SEÑO. Ibas á casarte con un hombre que amabas, y el padre de este hombre no te quiere ya por hija suya; te lego la miseria por herencia.

CAR. Ah madre mia! Madre mia! No hablemos mas de Federico; renuncio á él para quedarme á vuestro lado; no quiero separarme de vos, nunca... nunca! No soy vuestra hija? Sé que nada tengo mas que un corazón que partir con vos, pero no lo rechazareis, madre mia!

SEÑO. Y eres tú quien me lo dice, tú, Carlota, á quien he postergado por tu hermano! Oh! Dios haga de ti una madre mas justa y mas feliz que yo lo he sido.

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señora!

SEÑO. Y el médico!

CRIS. Ha partido.

SEÑO. Qué le habeis dicho para motivar el desmayo de mi esposo?

CRIS. Le he dicho, que habia llegado una carta de Berlin, firmada por vuestro hermano, en la cual anunciaba una gran desgracia, lo mismo he dicho á todos los de la casa.

SEÑO. Bien, amigo mio!

CAR. Y mi padre, no ha preguntado por nosotras?

CRIS. Si, señorita; me ha dicho que así que el médico se fuese, deseaba ver á la una y á la otra.

CAR. Vamos, madre mia.

SEÑO. Oh! Qué voy á responderle? (*vanse.*)

ESCENA III.

CRISTIAN, solo.

Acabemos de ejecutar las órdenes del amo.
(Sale un momento; Eduardo aparece viniendo del jardín, pálido y abatido de tristeza; vá á sentarse al lado de la puerta del cuarto de su padre. Cristian vuelve, trayendo ropa de hombre que mete en la maleta.)

ESCENA IV.

CRISTIAN, EDUARDO.

EDU. Cristian?
CRIS. Señor?
EDU. Has visto á mi padre?
CRIS. Acabo de dejarle.
EDU. Sigue con igual palidez?
CRIS. Mas todavía.
EDU. Entonces no recobra sus fuerzas?
CRIS. No.
EDU. Qué dice el médico?
CRIS. Qué es cosa grave.
EDU. Qué estás haciendo?
CRIS. Ya lo veis.
EDU. Es mi ropa la que estás poniendo en esa maleta?
CRIS. Si señor.
EDU. Por qué?
CRIS. El amo lo ha ordenado así; me dijo que guardase todas las armas y todos los cuchillos, y que reuniese todos vuestros efectos; despues se echó á llorar, diciéndome dulcemente: «Dile sobre todo, que le prohibo matarse.»
EDU. Oh! Padre mio! (*ocultando el rostro entre las manos.*)
CRIS. Si, pobre padre!
EDU. Cristian, necesito hablarle.
CRIS. Eso es imposible.
EDU. Por qué?
CRIS. Porque no quiere veros.
EDU. Le causo horror?
CRIS. Por el contrario; os ama demasiado. (*se oye llamar.*)
EDU. Han llamado.
CRIS. Permitidme que vaya á abrir; he alejado á todo el mundo. (*vase.*)

ESCENA V.

EDUARDO, solo.

Sin duda es Ritan. Si la noticia fuese buena, todo podria arreglarse aun.

ESCENA VI.

EDUARDO, RITAN.

EDU. Ven, ven.
RIT. Te he hecho esperar?
EDU. Poco importa, puesto que ya estás aqui.
RIT. Qué tienes? Por qué esa turbación?
EDU. Dejemos esto. La respuesta?
RIT. La tengo, pero...
EDU. Dámela entonces.
RIT. Antes, dime...
EDU. La respuesta, la respuesta!
RIT. El casamiento de tu hermana...
EDU. Quieres matarme? La respuesta!
RIT. Qué diablos! Oyeme antes!
EDU. Habla!
RIT. Los Quenisteng son de la antigua nobleza, muy delicada en punto á alianzas; y el casamiento de tu hermana con un abogado...
EDU. Qué

RIT. Les choca.
EDU. Ese abogado ha salvado hoy mismo la vida de un hombre; estos son sus títulos de nobleza.
RIT. Qué quieres? Son preocupaciones... lo sé.
EDU. Pero la respuesta...!
RIT. Cree, amigo querido, que me haces sufrir mucho; y que la respuesta, si fuese tal como la deseaba...
EDU. Ella rehusa?
RIT. Esta carta...
EDU. Dame. (*arrancándosela de las manos.*) «Caballero: el señor Baron de Ritan me ha transmitido vuestra singular carta.» Toma, lee tú, Ritan... la vista se me desvanece; tengo como una nube delante de los ojos.
RIT. (*leyendo.*) «Vuestra singular carta. Os confieso que no puedo comprender una proposicion semejante. Algunas inocentes bromas no os han dado ningun derecho...»
EDU. No, no puede decir eso.
RIT. Míralo!
EDU. Oh Dios mio! Continúa.
RIT. «No os han dado ningun derecho para que creais que os amo; pero como esa buena opinion que parece teneis de mi, podria comprometerme, os ruego que en adelante no honreis mas nuestra casa con vuestras apreciables visitas.»
EDU. Es eso todo?
RIT. Si.
EDU. Oh! imposible! Esa carta la ha escrito por su padre, por su hermano. Tú tienes otra ademas.
RIT. Estaba sola, y nadie la obligaba.
EDU. Ritan, estoy seguro de que tienes otra cosa que esa carta!
RIT. Si, otra cosa; pero te confieso que vacilaba...
EDU. Vacilabas? Y por qué? No sabes que mi vida está pendiente de ese mensaje?
RIT. Ya comprendes que encargado de tus intereses, no me he dejado batir así.
EDU. Amigo mio!
RIT. La he referido los sacrificios que habiais hecho por ella.
EDU. Bien.
RIT. Por los cuales podia medir tu amor.
EDU. Y qué te ha respondido?
RIT. Pobrecillo, me dijo; ya me lo figuraba yo! Jugaba como un millonario! Eso es otra cosa!
EDU. Ah! ya ves...
RIT. Entonces...
EDU. Entonces...
RIT. Fué á su tocador...
EDU. Y te dió una segunda carta?
RIT. No, quiso darme... un cartucho de oro...
EDU. Oro! Oro para mi alma perdida, para mi padre asesinado! Oh, miserable! oh infame! (*coje su sombrero.*)
RIT. A dónde vas? (*deteniéndole.*)
EDU. A pagarle en su moneda.
RIT. Eduardo!
EDU. Déjame! Déjame! (*vé á Rusberg que sale de su cuarto.*) Mi padre!
RIT. En nombre del cielo, detened á vuestro hijo!
Rus. Dejados! (*Ritan se inclina y vase.*)

ESCENA VII.

RUSBERG, EDUARDO.

EDU. Piedad, piedad, padre mio! (*cayendo de rodillas.*)
Rus. Alzaos, y miradme!
EDU. Padre mio, no me atrevo...
Rus. Si. Os es difícil, lo comprendo, mirar el rostro de un hombre honrado!

Edu. Sed misericordioso, padre mio!
 Rus. Oh! me habeis tratado cruelmente... y todas las alegrías del mundo, suponiendo que el mundo pudiese guardarme aun alegrías, no podrían devolverme las fuerzas que me habeis arrebatado en un momento.

Edu. Maldicion y desgracia sobre mi!

Rus. Esta es la recompensa por las angustias que he pasado en la cabecera de su lecho, cuando niño, si estaba enfermo; por los insomnios cuando, jóven ya, comenzaba á desertar de la casa paterna, y pasaba las noches esperándole; para mis cabellos encanecidos con el terror de lo que hoy acontece! Oh! Eduardo! Eduardito! Hubieras podido recompensarme mejor! (*cae en el sillón, derecha.*)

Edu. (*cajendo á sus pies.*) Si, si... teneis razon, padre mio! Rechazad al hijo indigno, maldecid al hijo ingrato, que en cambio de todo vuestro amor, os vuelve crimen y afrenta!

Rus. Eduardo, vais á partir esta noche misma; no nos veremos mas.

Edu. No veros mas, padre mio! (*alzándose.*)

Rus. En el mundo, al menos.

Edu. Dejaros, huir... cuando soy yo... No, pensadlo bien... es imposible!

Rus. Es preciso, lo exijo! (*levantándose.*) Lo quiero!

Edu. Pero qué vá á ser de vos? (*volviendo á caer de rodillas.*)

Rus. Yo seré... lo que son los depositarios infieles!

Edu. No digais eso... no lo digais.

Rus. Tal vez Federico consienta en defenderme como ha defendido al anciano Sivert.

Edu. Padre!

Rus. Además, el gran Duque es bueno, y tendrá piedad de un pobre viejo.

Edu. Oh! no... no será así; corro á denunciarme; diré que soy el culpable, y...

Rus. Y...

Edu. Y me mataré!

Rus. Desgraciado! Hé aqui justamente lo que no quiero. Si os dáis muerte, en dónde estará el arrepentimiento? Si te matas, en dónde se hallará la esplicacion?

No. Es preciso vivir, es preciso luchar, es preciso obligar á los hombres á poner la accion cometida en la cuenta de la juventud y de las locas pasiones; es necesario decirles: «Me he perdido por el ardor del juego, por una ambicion insensata, por un amor fatal. Joven y débil, he pagado mi tributo al genio del mal; he caido y mi honor me ha seguido en la caída, pero me he alzado con dignidad. Sostenido por el arrepentimiento y la esperanza, dos ángeles de Dios. Me he levantado, y he atravesado, para llegar á rejiones mas elevadas, esas rejiones perversas. Héme aqui ahora mas grande, porque he estado en el abatimiento; mas fuerte, porque me he arrepentido; mejor, porque la prueba me ha purificado.

Edu. Si, si, padre. Eso será bello... eso será grande! Pero y vos? Vos!

Rus. A mi no me restan sino cortos dias de existencia. Yo soy lo pasado... Tú eres lo porvenir! (*cae medio desmayado en un sillón á la derecha.*)

Edu. Padre mio! (*arrojándose al cuello de su padre.*) Socorro! socorro!

ESCENA VIII.

Dichos, CARLOTA.

CAR. Qué es esto, Dios mio!

Edu. Mi padre muerto! Y yo soy su asesino! (*de rodillas.*)

ESCENA IX.

Dichos, LA SEÑORA DE RUSBERG, ALDEN, FEDERICO.

ALD. Mas lejos! (*asiendo del brazo de Eduardo.*) Mas lejos! No sois digno de besar los pies de ese hombre!

Edu. Salvad á mi padre, y vengaos en mi!

ALD. Eso es lo que me trae.

Edu. Oh! Vuestra crueldad es mi consuelo! Mi padre quiere que parta libre é impune, yo, su matador! No lo permitais! Denunciadme, denunciadme! Acaso lo habreis hecho ya?

ALD. Y aun cuando así fuese?

Edu. Os bendeciria de rodillas.

SEÑO. Pero yo os pediria cuenta de mi hijo, al que podia salvarse, y que vos habeis perdido! (*Eduardo vá á apoyarse contra la chimenea con desesperacion.*)

ALD. Al que podia salvarse? Cómo? Será con vuestros bienes? Os los habeis comido! Con la ayuda de vuestros amigos? En dónde estan vuestros amigos? Buscad, llamadlos en vuestra ayuda; pedidles mil luises! Y si vienen, si corren presurosos, si os dan esa suma, no diré una palabra mas. Poned ese dinero en la caja, y nada he visto.

SEÑO. Oh! Bien sabeis que me pedis lo imposible!

ALD. Con que por todas partes la miseria, por todas partes la afrenta... en ninguna parte la salvacion!

FED. (*acercándose á él.*) Padre, lo que haceis está mal hecho. En vez de curar al enfermo, lo matais; en vez de ser justo, sois cruel. Yo, vuestro hijo, os lo dice.

ALD. Y yo te contesto, que si la miseria conduce á lo que estoy viendo, no quiero para mi hijo una muger pobre, y por esto... Ven aqui, hija mia. (*Carlota pasa á su izquierda y Federico á su derecha.*) Por esto doy á Carlota esta cartera, que contiene dos mil luises. Ella misma, con su mano inocente, reemplazará los mil luises en la caja de su padre, y los otros mil serán su dote. Una cosa os exijo, hijos míos, y es que cumplais la oferta de mantenerme y de cuidarme... porque... porque... ya no tengo nada... os lo he dado todo!

Todos. Ah!

SEÑO. Nos habeis salvado!

Rus. Amigo mio!

Edu. (*Oh! qué grande es el hombre cuando es á vuestra imágen, Dios mio!*)

ALD. Y él... partirá. (*señalando á Eduardo.*)

(Eduardo, que permanece al lado de la chimenea, mira á su padre, que se adelanta hácia él lentamente, y parece esperar su respuesta.)

Edu. Si, si, señor Alden, obedeceré.

(Pasando por delante de Federico, que está en el fondo del salón, y que le estrecha la mano: Eduardo abraza á su hermana y despues á su madre, que se lanza hácia él.)

SEÑO. Hijo mio! (*sollozando.*)

Edu. Señor Alden, dadme vuestra mano!

(Acercándose á él, que queda solo á la derecha, y extendiendo hácia él la mano con temor, le mira con súplica. Alden le mira un momento, en silencio, y retira friamente la mano, que él le suplicaba.)

Edu. Vuestra bendicion, padre mio!

(Abatido vá á inclinarse delante de su padre, que se encuentra al otro extremo del salón.)

Rus. Cuando la hayais merecido!

(Eduardo se alza con pena. Alden, que con la vista ha fortificado la resolucion de Rusberg, vá hácia Federico y Carlota que lloran. Cristian aparece á la puerta con los efectos de viaje; la señora de Rusberg le suplica que vele por su hijo. Eduardo se aleja lentamente de su padre, fijando siempre en él una mirada desoladora: despues, mientras que Alden, que se ha acercado á Rusberg, le estrecha la mano para sostener su valor, Eduardo sofocado

por el dolor, se arroja en los brazos de su hermana y de su madre. Cuadro.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO,

La escena pasa en Munich. Un salon con cinco puertas. Una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, EL CONSEJERO, BEZANETI.

CON. Buenos dias, Meyer! (*entrando.*)

MEY. Vuestro humilde servidor, señor Consejero.

CON. Está el ministro en su despacho?

MEY. Así lo creo.

CON. Pues no podeis saberlo de cierto, vos, su primer ayuda de cámara? (*vá á una puerta.*) Qué es esto? La puerta de comunicacion cerrada por dentro?

MEY. Lo que quiere decir que el ministro está encerrado con el nuevo favorito; alguna cosa se trama contra nosotros. Hace treinta años que soy ayuda de cámara del señor de Warden, primer ministro de S. M. el Rey de Baviera, y ayer fué la primera vez que me ordenó salir S. E.

CON. Y de qué trataba el ministro con su secretario?

MEY. Se trataba de suprimir los juegos... sin consultarnos.

CON. Oh! eso es gravísimo!

MEY. Desde que ese nuevo secretario, ese señor Steven ha venido aquí, no se oye mas que estas palabras: economias, progreso y abusos. Y lo que yo digo, señor Consejero; si se destruyen los abusos, de qué vivirán los hombres honrados?

CON. Ah! eso es una inmoralidad!

MEY. Quiere tambien ese señor Steven, que en cuanto sea posible, se limpie la bolsa de farsantes!

CON. Imbécil? Quiere convertir la Bolsa en un desierto. Silencio!

MEY. A quién podemos temer?

CON. Al recién venido. Al querido señor Steven!

MEY. Callaos! Aquí viene Cristian su criado.

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

MEY. Felices, Cristian. Y vuestro querido señor Eduardo Steven, está bueno?

CRIS. Si.

MEY. Podemos ofrecerle nuestros respetos?

CRIS. No.

MEY. Está ausente?

CRIS. Si (*vase puerta izquierda.*)

CON. No podremos nunca saber por este...

MEY. No; pero yo he descubierto alguna cosa por otro lado. Ese Steven entró como simple obrero en la fábrica que el señor Blum tiene en las cercanias de Stuttgart. Se ignora la procedencia, porque vivia solo, y no hablaba con nadie. De todos modos, en fuerza de perseverancia y de trabajo, vino á ser contra maestre en la casa; despues dependiente principal, y por último el verdadero gefe del establecimiento. Entonces fué cuando el hijo del primer ministro, el baron Karl, asombrado de su inteligencia, le trajo á Munich para hacer de él primero un empleado, despues su amigo, y por último el secretario intimo de su padre.

CON. Y lo que es mas, el dueño de todos nosotros; porque no nos hagamos ilusiones, Meyer, ese hombre dispone á su antojo del ánimo de su excelencia; asombra á las personas formales con su aplicacion en los negocios, y á los tontos con la variedad de sus conocimientos; en una palabra, siendo universal, toca todas

las posiciones, las amenaza todas, y no nos deja otra alternativa que luchar contra su fortuna, ó vernos perdidos sin apelacion.

MEY. Por sobresalir en todo, toca de una manera tan distinguida, que ayer, en la casa del ministro, la Condesa Luisa, su sobrina, estando al piano, el señor Steven la acompañó con tanta alma y talento, que todo el mundo decia. «Qué felicidad que haya venido el señor Steven.»

CON. Ja! ja! ja! (*riéndose.*)

MEY. Yo creo que acaso aspira á la plaza de maestro de canto de la condesa Sofia, que tiene cien mil escudos de renta.

CON. Cien mil escudos? Dados por su Excelencia de quien en cierta manera es hija adoptiva.

MEY. No se sabe con toda seguridad. La historia de la Condesa Sofia es una novela misteriosa, un enigma del cual nadie tiene la llave. Todo lo que sé es, que en la época en que el ministro partió súbitamente para ir á buscarla, una carta de Friburgo fué la que le decidió en su marcha. A fuerza de dar vueltas á esta carta y examinarla en todos sentidos, vine á saber que era del Conde de Moroff, un amigo muy antiguo de mi señor; pero nunca supe mas. En el interés público primero, y en el nuestro despues, es preciso saber quién es ese Steven, de dónde viene, y conocer su familia. Un hombre tan puntual en el cumplimiento de sus deberes, tan rígido para consigo mismo, tan sospechoso con respecto á los demas, tan íntegro y tan virtuoso, debe tener algo que reprocharse.

CON. Debemos ayudarnos en nuestras investigaciones.

MEY. Cómo?

CON. No vive aquí en el ministerio?

MEY. Si.

CON. No recibe cartas?

MEY. Acabad.

CON. Haciendo con ellas lo que habeis hecho con las del conde de Moroff, no sería posible?..

MEY. Ya lo he pensado, pero...

CON. Qué?

MEY. No se fia de mi.

CON. Qué injusticia!

MEY. Y ese viejo marrulero de Cristian, su ayuda de cámara, está siempre cuando llegan los despachos.

CON. Tal vez espiando el correo todos los dias... Con perseverancia... (*saca el reloj.*) Las nueve. La hora del correo.

MEY. Corro á recibirle.

CON. Aquí está el ministro. A nuestros puestos.

ESCENA III.

Dichos, EL MINISTRO, SOFIA; despues EDUARDO.

MIN. Buenos dias, señores. — Meyer, decid al Ugier de servicio, que hoy no daré audiencia. Llamad al señor Steven. (*vase Meyer.*) Su discrecion le ha obligado á dejarnos solos, mi querida Sofia; pero bien pronto conocerá el objeto de nuestra conversacion, porque no tengo secretos para él. (*Eduardo entra.*) Dispensadme, amigo Steven, que haya tanto tiempo encadenado vuestra libertad; sin haber aprovechado vuestro celo por los intereses del Estado; vuestro amor por el bien público; el tiempo que os robo es un tiempo perdido para la felicidad de todos... lo sé muy bien; no obstante, me reservo aun un cuarto de hora; dentro de un cuarto de hora cuento con vos; tengo un favor que pedir.

EDU. Un favor á mi? Monseñor dará sus órdenes, y serán ejecutadas.

CON. (Qué tono mas meloso!) Monseñor!...

MIN. A propósito, mi querido Consejero, os habeis en-

ganado en el litigio de los habitantes de Selbeg; es evidente que la hija había recibido el dinero que le correspondía de su madre, y que la reclamación contra su padre era injusta.

CON. Lo creéis así, monseñor?

MIN. Tengo la seguridad. He hecho decretar en favor del padre, y creo que esto es lisonjero para vos.

CON. No comprendo, excelencia!

MIN. Si, la hija es linda, y podrían calumniar el interés que en su favor demostrabais.

CON. Solamente deseo, monseñor, que se me envíen todas mis notas, y estaré siempre reconocido, ya sea al señor Steven, ya á otro cualquiera que me haya evitado cometer una injusticia.

MEY. La Condesa Luisa espera á su excelencia en su gabinete.

MIN. Qué venga! Yo tambien deseo verla.

SOF. Tengo que hablaros! (*bajo á Eduardo.*)

MIN. Hasta dentro de un cuarto de hora, Steven. Hasta mañana, señores.

MEY. (*bajo y rápido al Consejero.*) Grandes noticias!

CON. Bien! Aquí al momento! (*idem á Meyer.*) Monseñor! (*saludando y vanse.*)

ESCENA IV.

EL MINISTRO, LUISA.

MIN. Ven, hija mia, ven!

LUI. Querido tío! (*el ministro la abraza.*)

MIN. Cómo se desarrollan estas flores de juventud y de belleza! Y no obstante, llevas una vida tan triste en la casa de tu anciano tío!

LUI. Con qué objeto me decis eso? Qué vida es más feliz que la mia? No acudo todo á mis deseos? Una sola cosa me faltaba, una amiga; pero vos, que lo comprendéis todo, habeis adivinado esta necesidad de mi corazón.

MIN. Si, y he hecho venir á Sofia, una hija adoptiva, no es verdad? La amas mucho?

LUI. Cómo no amarla! Es verdad que pudiera tener envidia al ver á mi lado una persona tan perfecta; pero ya lo sabeis, tío... admiro, y no envidio.

MIN. Entonces estás contenta de ella? Cuánto lo celebro! Tambien creo como tú que es una persona encantadora!

LUI. Tan encantadora y tan buena, que estoy triste al pensar que algun dia será preciso separarme de ella.

MIN. Justamente queria hablarte de eso. El momento de esta separacion se acerca, hija mia.

LUI. Vuelve á Francia?

MIN. No.

LUI. Se casa?

MIN. Ella y tú; las dos os casais.

LUI. Yo!

MIN. Ya sabes, hija mia, que las altas posiciones tienen exigencias supremas; raramente una jóven de tu condicion, escoje marido por si misma. Escúchame; el hombre que te destino.

LUI. Deteneos! No puedo permitir que me sobrepuejis en franqueza. Tío, yo amo. Vos el mejor de mis amigos, el mas antiguo de mis confidentes, escuchadme. Obedeceré vuestras órdenes; estimaré, respetaré, me casaré con el hombre que elijais; pero amarle! Oh! amarle! Es imposible! Nunca amaré mas que á él solo! A él, que es noble y bueno; á él, cuyas virtudes es una herencia paternal. Tened piedad de mi, porque el que amo es Karl! Es vuestro hijo!

MIN. Dios te bendiga, mi buena Luisa; Dios bendiga mi casa y á mi Karl! Este era el que queria proponerte... Ese era el que te habia escojido por esposo!

LUI. Ah padre mio! Dejadme abrazar vuestras rodillas!

ESCENA V.

Dichos, EDUARDO.

MIN. Venid, Steven, venid á apresurar la felicidad de este angel del cielo!

EDU. Yo, monseñor?

LUI. Sed mi amigo! (*tendiéndole la mano;*) como lo sois de Karl.

EDU. Señorita... (*inclinándose profundamente.*)

LUI. Tío, mi felicidad iguala á mi reconocimiento.

ESCENA IV.

Dichos, menos LUISA.

MIN. Steven, se trata de la felicidad de dos seres que me son queridos, y esta felicidad está en vuestras manos.

EDU. Osaré deciros que la providencia no ha podido ponerla en mejores manos.

MIN. He resuelto casar á mi sobrina Luisa con mi hijo Karl; pero Karl me parece que no es partidario muy ardiente del matrimonio; á vos, que sois su amigo, y que os ama como á un hermano, os encargo de llevarle esta proposicion en mi nombre, y decirle que hará á dos personas felices aceptándola; á mi, y á su prima que le ama.

EDU. Monseñor, todo lo que la persuasion pueda inspirar de ardientes palabras al corazón y á los labios de un amigo, el reconocimiento las hará salir de mi corazón y de mis labios.

MIN. Gracias, Steven! El cielo os ha enviado en medio de nosotros! A propósito, estendedme ese contrato de casamiento.

EDU. El de la condesa Luisa con el baron Karl?

MIN. No; el de la condesa Sofia con el conde de Meldens-tens; hacemos las dos bodas al mismo tiempo. Hasta despues, amigo mio, el rey me espera. (*vase.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, asombrado.

Qué es lo que ha dicho? El casamiento de la condesa Sofia con el conde de Meldens-tens! Oh! es mi desgracia! Es mi desesperacion! Es mi muerte la que acaban de anunciarme! (*cae en un sillón con la cabeza entre las manos.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO, MEYER, (*apareciendo por el centro.*) EL CONSEJERO llega furtivamente por una puerta del lado.

MEY. (*rápidamente al Consejero.*) No se llama Stevens, sino Rusberg; es del pueblo de Manhein, hijo de un recaudador de rentas; su padre murió á consecuencia de un pesar desconocido; Yo tengo una tia anciana que llega de ese pueblo, y conoce á todos sus habitantes.

CON. Dentro de media hora en mi casa.

MEY. Bien!

Los dos. Silencio! (*desaparecen.*)

ESCENA IX.

EDUARDO, despues CRISTIAN.

EDU. Casar á Sofia! Ah! es el último golpe! A Dios mis sueños y mis locas esperanzas! Todo ha concluido para mi... todo!

CRIS. Señor, una carta de Manhein!

EDU. Una carta de mi familia?

CRIS. Si; por extraordinario. (*Eduardo la abre y lee para si.*) Qué hay de nuevo, señor?

EDU. Todo vá bien allá, mi pobre Cristian! Los mil luises han sido reembolsados al señor Alden, parte con

La venta de la casa, y parte...
CRIS. Con lo que vos habeis enviado. Y Dios sabe de cuanto os habeis privado para ello. En fin, esa noticia os volverá la alegría!
EDU. La alegría! Mira lo que sigue:
CRIS. (leyendo.) «El señor Alden exige, mi querido Eduardo, que te diga lo que hubiera querido ocultarte; es decir, que nuestro pobre padre vá de mal en peor.»
EDU. Ah! (dejando caer la cabeza entre sus manos.)
CRIS. Señor Eduardo!
EDU. Oh! Padre mio, padre mio!
CRIS. Es preciso esperar en Dios! El señor Rusberg es joven aun...
EDU. Cristian! Cristian! (pasando al canapé.) Me ha prohibido matarme, y él se deja morir!
CRIS. Señor, escribidle que vuestra posicion es bella, honrosa y envidiada de todos; escribidle que sois feliz, y será un bálsamo que alivie su herida.
EDU. No puedo escribirle eso, Cristian!
CRIS. Por qué?
EDU. Porque no es verdad; porque soy mas desgraciado que nunca; porque estoy desesperado!
CRIS. Vos! Algun complot de esas gentes villanas, no es esto? Los Nebel, los Bezaneti... Otra vez la intriga? Los hombres amenazan vuestra fortuna?
EDU. No; es la justicia de Dios que amenaza mi amor.
CRIS. Vuestro amor? Desde que fuisteis engañado por aquella infame muger, no jurasteis no amar mas a nadie?
EDU. Si, es verdad! Lo habré jurado; pero qué quieres? No he podido cumplir mi promesa. He visto en casa del ministro á su hija adoptiva.
CRIS. La condesa Sofia!
EDU. En vano mi ángel bueno me gritaba: «No mires de ese lado! Huye, huye, desgraciado!» Volvi la cabeza hácia ella! Una de sus miradas me dijo que me quedase, y no he tenido fuerza para huir!
CRIS. Oh! vos la amais?
EDU. No solamente la amo, sino que tambien soy amado de ella! Y ahora mismo acaba el ministro de ordenarme que estienda el contrato de casamiento de la condesa Sofia con el conde de Meldenstens. Ella ignora quién soy yo, y aspiraba al momento en que pudiera separarla de este mundo que detesto. La hubiera conducido tan lejos, que ningun eco de lo pasado habria venido á turbar nuestro amor. Pero no... ahora todo se ha hecho imposible! Oh! qué implacable es esta felicidad que me ha sacado de las manos de la justicia! Qué es la prision perpétua? Qué es el cadalso comparado con este temor de todos los instantes? Con estos terrores que me asedian por la noche cuando entro en el lecho, por la mañana cuando me levanto, y murmuran en mis oidos. «Pasará la noche sin que se sepa lo que has hecho? Correrá el dia sin que se descubra tu crimen?»
CRIS. Ah! señor!
EDU. Pueden fingirse todas las virtudes; para esto basta ser hipócrita como Nevel, ó ambicioso como Bezaneti; pero existe una que por ser en alguna manera el resumen de las demas virtudes, dá al mendigo que pide la limosna, esa mirada serena que penetra hasta el cielo; al acusado esa voz tranquila que vá recta al corazón de los jueces, y que dice: «Vuestra acusacion es injusta.» Esa virtud, Cristian, yo la tenia, y la he perdido; y con ella he perdido el valor, la fuerza, todo lo que es grande y noble.
CRIS. Ah! Señor Eduardo, exagerais mucho.
EDU. No. Mira; hay en un rincon del cerebro del hombre, bajo la capa de su cráneo, una luz que arde para él solo, que le enseña las verdaderas sinuosidades de la vida; que le muestra, en medio del vago sendero que

el destino le traza, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo recto y lo imputable: esa luz es la conciencia! Haz que se agiten sobre ella los cuatro vientos del cielo, y el vendabal que promueban no la impedirán nunca que suba pura y recta hácia Dios; pero que pase el crimen, y que la aje con su aliento; la luz se estingue, y el criminal vá tropezando en la noche de la afrenta, á las tinieblas de la ignominia!
CRIS. Oh! un arrepentimiento como el vuestro mereceria la absolucion del crimen mas grande; además, en los cuatro años que hace partisteis de Manhein, nada se ha trastucido de aquella fatal aventura; todo el mundo lo ignora.
EDU. Todo el mundo la ignora, pero la sé yo! Oh! estoy lleno de buenas intenciones, lo juro, Dios lo vé; y estas buenas intenciones, el ministro desea siempre secundarlas. Me he apercebido de que se le engaña, que la justicia es prostituida, que el favor es comprado, los destinos se venden, que las personas honradas caen de sus puestos, que los miserables se elevan; veo todo esto, y no me atrevo á apoderarme de la intriga, á ponerla bajo mi pie, y arrancar la su máscara. Una injusticia me subleva, mi sangre arde, la palabra sube amenazadora á mis labios, abro la boca, voy á hablar... Pero el sentimiento de mi afrenta me coje de los cabellos, mi conciencia me grita: «Qué eres tú, tú que quieres reprender á los demas?» Me parece que cuantos ojos me miran, ávidamente leen en el fondo de mi alma; que todas esas bocas, que me sonrien amargamente, murmuran en medio de su sonrisa, esa frase que cada latido de mis arterias hace sonar en mis oidos. «La honra de tu padre, miserable! La honra de tu padre! (se deja caer en el canapé.)»
CRIS. Oh! pobre señor mio! Nunca os he visto asi! Oh! si tuvieseis valor...
EDU. Qué?
CRIS. El baron Karl de Warden, el hijo del ministro es vuestro amigo; id en su busca y contádselo todo.
EDU. Lo que ha pasado allá abajo?
CRIS. Si...
EDU. Me despreciará, Cristian.
CRIS. No; vos le hablareis como acabais de hablarme á mi: en vez de huir de vuestros enemigos, hacedles frente; marchad hácia ellos con la cabeza erguida!
EDU. Amigo, dos veces amigo mio, puesto que lo eres en la miseria; tú que te muestras reconocido por los cortos beneficios que has aceptado, cuando otros se me han vuelto ingratos; acepto tu consejo, y tendré fuerza para seguirle! Oh! cuan grande eres allí, donde tantos otros son pequeños! No puedo recompensarte, pero tu corazón te recompensará. Abrázame, Cristian.

ESCENA X.
Dichos, EL CONSEJERO.

CRIS. Ah señor! Tantas bondades! (viendo al Consejero, se aparta de los brazos de Eduardo.)
EDU. Por qué te alejas?
CRIS. El Consejero.
EDU. Que el Cielo me niegue la mano de un amigo para cerrarme los ojos en mi última hora, si existe un solo ser en la tierra á quien yo quiera ocultar que eres el hombre que me quiere mas, y que eres aquel á quien mas quiero. Ven á mis brazos, Cristian; á mis brazos! (le abraza.) A Dios, señor Consejero. (volviéndose.)
CON. Dispensadme, señor Steven, si interrumpo, segun parece, una escena de sentimiento, que á la vez honra al amo y al criado.
EDU. Vete, Cristian, porque tu modestia se parecería á la humildad, y mi reconocimiento al orgullo! Vete!

ESCENA XI.

EDUARDO, EL CONSEJERO.

EDU. Espero vuestras órdenes. (*indicando el canapé al Consejero, y tomando un sillón.*)

CON. Señor Steven, cuanto mas os veo y mas aprendo á conoceros, mas creo apercibir que la posición que ocupais cerca del ministro, es contraria á vuestras inclinaciones.

EDU. (*sentándose á alguna distancia del Consejero.*) No es precisamente la posición la que es contraria á mis inclinaciones; es el sistema de intrigas que combato, y que temo triunfará, á pesar de todos mis esfuerzos; por esto pienso algunas veces en alejarme de la corte; quisiera dejar los negocios, porque soy inhábil para ellos.

CON. Solicitais cumplimientos?

EDU. No; solicito descanso.

CON. Descanso á vuestra edad! Cuando estais en toda la fuerza de vuestra juventud!.. Cuando los favores llueven sobre vos!

EDU. Los favores cambian de nombre, y se convierten en beneficios, cuando sobrepuja el mérito del que los obtiene. Me hago justicia, y confieso altamente que no merezco lo que se hace por mí!

CON. Los favores están siempre bien colocados, cuando por casualidad se dirigen á la vez á un alma distinguida, y á un hombre... honrado.

EDU. Señor Consejero! (*algo turbado.*)

CON. Cómo! Os avergonzáis? En verdad, señor Steven, que nunca he visto una modestia como la vuestra! Hombre honrado es lo menos que se puede ser.

EDU. Entonces, os doy gracias, porque me estimais como una cosa que creéis la mas insignificante.

CON. Voy á probaros que no teneis un puesto tan mezquino en mi espíritu. Acabo de ver al ministro en palacio; le he hablado de la repugnancia que pareceis tener por el lado militante de la política; del deseo que ya habia notado en vos de llevar una vida mas retirada y mas tranquila; y en vista de mi proposición, os ofrece la plaza de director de la caja de las Aduanas.

EDU. A mí?

CON. No os prometiais tanto, no es verdad?

EDU. Si; y permitidme que dude...

CON. El decreto será firmado mañana, si lo quereis así; y tan luego depositéis la fianza, la caja os será entregada.

EDU. La caja! Oh!

CON. Sabéis que es una de las mas considerables del reino, y que encierra siempre dos ó tres millones?

EDU. Yo no he deseado, yo no he pedido ese destino.

CON. No por eso es menos honroso para vos haber sido juzgado digno de ocuparle... tanto por vuestros amigos, como por vuestros enemigos. Oh! no es como en la política!.. Aquí no se trata de razón, ni de sentimiento; el empleo de director de la caja de las Aduanas es un negocio de simple contabilidad, y no ocupa mas que las manos. (*observando á Eduardo, pasando por detrás de él.*) No me respondeis?

EDU. (*turbado.*) Dispensadme; pensaba en la fianza... en la dificultad, diria tambien, en la imposibilidad de procurármela.

CON. Ba! Hay amigos en el mundo! No sois de Manhein?

Pues bien! Estoy seguro de que en Manhein, no faltarán personas que se apresuren á prestaros esa miserable fianza. Yo conozco á muchos en Manhein, y sino quereis dar los pasos necesarios, los daré por vos, envaneciéndome de servir á un hombre que me ha impedido cometer una injusticia en el litigio de la bella aldeana Selberg, contra su familia. A Dios, señor Rusberg... Ah! ahora recuerdo... En otro tiempo conoci

en Manhein á un tal Rusberg, que en la actualidad está bien enfermo. Pobre hombre! No sé como su nombre ha venido á mis labios al tratarse del vuestro. Perdonadme, mi querido amigo. A Dios, señor Steven. (*vase.*)

ESCENA XII.

EDUARDO, solo.

Director de las Aduanas; una caja de dos millones, empleo que no ocupa mas que las manos; una fianza que hallaré en Manhein... mi padre enfermo... el nombre de Rusberg pronunciado como por error ó casualidad! Oh! es imposible que todos estos golpes dados en la misma llaga, sean efectos del azar! Estoy perdido! Qué debo hacer? Huir! Abandonar á Sofia! Retroceder cuando la tempestad se amontona!.. Doblegarme bajo el trueno que ruje! Lo diré todo al baron. Pero cuando sepa que el que ha protegido, que el que ha llamado amigo suyo... cuando sepa que este hombre... Dios mio! Inspiradme! Si sois verdaderamente el Dios de misericordia, y el arrepentimiento o conmueve, enviad en mi ayuda uno de vuestros ángeles. Dios mio, socorredme! Dios mio, sostenedme!

ESCENA XIII.

EDUARDO, CRISTIAN, después SOFIA.

CRIS. Señor, la condesa Sofia!

EDU. Aquí!

SOF. (*entrando.*) Si, aquí, porque se trama contra vos, y era necesario que os lo advirtiese una amiga. (*deja su abrigo en un sillón.*)

EDU. Cristian, vela y adviérteme si se presenta alguien á quien no pueda negarme! (*vase Cristian.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. (*haciéndola pasar al canapé.*) Sentaos, querida Sofia; estais conmovida... temblorosa.

SOF. No es el consejero Benazeti el que acaba de salir de aquí?

EDU. El mismo!

SOF. Qué ha venido á deciros?

EDU. (*tristemente.*) Ha venido á decirme que estoy perdido!

SOF. No os comprendo!

EDU. Qué me importa mi vida, mi honor, mi posición desde el momento en que os pierdo!

SOF. Estais loco, Eduardo?

EDU. Leed: (*presentándola un papel.*)

SOF. Un proyecto de contrato de boda entre mi y el conde de Meldenstens?

EDU. Que el Ministro me ha encargado llenar.

SOF. Y le obedecereis?

EDU. Es mi deber.

SOF. Teneis razón, Eduardo; cada cual cumplirá con el suyo. Nunca seré la muger del conde de Meldenstens.

EDU. Qué estais diciendo, Sofia?

SOF. No os he confesado que os amo? No os he prometido ser vuestra muger? No os he jurado, si no podia cumplir este juramento, al menos no serlo nunca de otro?

EDU. Pero vuestro padre!.. El conde.

SOF. El conde no es mi padre; jamás he conocido al que me dió el ser. Un dia... se me habia hecho venir de Francia; el conde me abrazó, me condujo aquí, y me dijo que en lo porvenir viviria al lado de su sobrina, y como á ella me dió su título; pero todos estos beneficios no ligan mi corazón, no ligan mas que mi persona. Desde el momento en que el conde me exija el sacrificio de mis mas caros sentimientos, la ruptura de los compromisos adoptados. Primero suplicaré al

conde que no haga, por una alianza sin amor, la desgracia de mi vida; y si no me quiere conceder á aquel á quien me he ofrecido yo misma en la religion de mi corazon, le pediré que me devuelva para el resto de mis dias, el olvido en que he pasado los quince primeros años de mi vida.

EDU. Pero si rechaza vuestra súplica, si exige que os cases con el conde?..

SOF. Entonces diré: Eduardo Steven, soy vuestra prometida delante de Dios y de los hombres; devuelvo al conde el título que me ha dado; rehúso la dote que me ofrece, torno á ser la jóven sin parientes, sin fortuna y sin apoyo; dejemos la Baviera, y vámonos á vivir en algun rincón ignorado, ricos con vuestro mérito y con nuestro amor.

EDU. Sofia, lo hareis sin vacilar y sin remordimientos?

SOF. Sin remordimientos?

EDU. Sin conocer á aquel á quien unis vuestro destino, lo mismo que si le conociérais?

SOF. Eduardo, un cierto orgullo que vive en mi, me dice que no sabré amar nunca á un hombre indigno de mí!

EDU. Sofia!

ESCENA XV.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. El carruaje del baron de Warden acaba de detenerse en el patio.

SOF. El hijo del ministro! Si me hallase aqui... Me retiro. (*va por su abrigo.*)

EDU. No, Sofia. (*tomando una resolution.*) Es preciso que mi suerte se decida hoy mismo; tenia que hacer una confianza al baron. Entrad ahí, y no perdais una palabra de cuanto voy á decir. Cuando me hayais oido, si me creéis indigno, salid por la puerta de ese gabinete que da al corredor; no viéndoos aparecer cuando el baron marche, lo comprenderé todo. Dentro de una hora dejaré á Munich, y en tres dias la Baviera; no me vereis mas. Si, por el contrario, á pesar de lo que oigais, me seguís amando; entonces, Sofia, no me perteneceré! Soy vuestro en cuerpo y en alma; vos ordenareis, y yo obedeceré vuestras órdenes! Ireis delante de mí, y os seguiré por todas partes; y cuando os plazca deleneros, caeré ante vos diciéndoos: Sofia, no es vuestro esposo, es vuestro esclavo quien se halla á vuestros pies!

CRIS. (*apareciendo.*) El baron de Warden.

EDU. Entrad, Sofia, entrad! (*entrándola en el gabinete de la izquierda.*)

ESCENA XVI.

EDUARDO, el BARON, en traje de oficial bávaro.

BAR. (*con dulzura.*) Buenos dias, mi querido Steven. Estabais con alguien? Os soy molesto?

EDU. Por el contrario, sois mil veces bien venido! Desearia ardientemente veros, señor baron, y me disponia á ir á vuestra casa.

BAR. De modo, que los dos teniamos el mismo pensamiento y el mismo deseo; pero á vos, Eduardo, no seria un sentimiento egoista el que os dirigiera á mí; vos no tendreis que hacerme alguna confianza, ningun secreto que depositar en mi seno.

EDU. Tal vez.

BAR. Pues hablad entonces; si un pesar confiado á un amigo se hace mas ligero, decid que no lo soy vuestro, si á partir desde hoy, no pierde su gravedad.

EDU. Me adivináis y me prestais valor. Siempre noble, siempre generoso! Os reconozco bien!

BAR. Hablad, ya os escucho.

EDU. Dios mio!

BAR. Qué teneis?

EDU. En el momento de abordar una confesion terrible, vacilo, y tiemblo. Oh baron! Quisiera, en vez de debérselo todo, haberos prestado alguno de esos servicios eminentes, que comprometen á un hombre con otro.

BAR. Ese servicio eminente, que sentis no haberme prestado, venia precisamente á reclamarlo de vuestra amistad. Dejadme hablar el primero; prometedme obrar segun el deseo de mi corazon, y entonces hablareis vos, y mi reconocimiento será tan grande, que cualquiera que sea el servicio que me pidais, y que yo os preste, me veré en deuda con vos, puesto que os deberé la felicidad de toda mi vida. (*le toma el brazo, y le lleva al canapé.*)

EDU. Acepto el pacto santo que me ofrecéis, y juro fidelidad á vuestros intereses, aun cuando el camino de vuestra felicidad deba pasar sobre mi tumba. (*se sienta junto el canapé.*)

BAR. Escuchad. (*estrechándole la mano.*) Mi juventud ha sido una juventud muy triste; he llegado á la edad de veinticinco años sin amistad y sin amor.

EDU. Y ahora?

BAR. Ahora tengo los dos. Un amigo, que me ama, y una muger á quien amo.

EDU. Sabéis ya que hoy vuestro padre, el conde de Warden...

BAR. Os ha encargado de sondear mis sentimientos respecto á mi prima la condesa Luisa. Lo sé.

EDU. Y en tal caso...

BAR. La condesa Luisa, no es la muger á quien amo, Eduardo.

EDU. Pero vuestro padre se regocija con este casamiento.

BAR. Mi padre sabe demasiado lo que es una union, en la que de una parte falta el amor, para insistir en la mia, asi que le digais, que no solamente no amo á la condesa Luisa, sino que amo á otra muger.

EDU. A otra muger!

BAR. Le direis que amo á la condesa Sofia.

EDU. La condesa Sofia! (*levantándose.*)

BAR. Qué teneis? (*id.*)

EDU. Nada; pero dejadme hablar francamente, baron. No creo que la condesa Sofia os ame.

BAR. No lo creéis? Por qué? De dónde nace esa duda? No me respondeis? Pareéis turbado.

EDU. Sabéis que vuestro padre me habia encargado hablaros de vuestro casamiento con la condesa Luisa. Espera una respuesta. Qué le diré?

BAR. Nada; no le digais nada de mi amor. (*pasando con mucha frialdad por delante de él.*) Yo mismo le hablaré, porque siendo un asunto entre el padre y el hijo, es inútil que un extraño se ocupe de él.

EDU. Un extraño?

BAR. Dispensadme, Eduardo; pero me parece que no sois muy favorable á la condesa Sofia.

EDU. Yo?

BAR. Desde que he pronunciado su nombre, cualquiera diria que un soplo de hielo ha pasado entre nosotros!

EDU. Os he jurado fidelidad, fidelidad indestructible, baron! Dudais de mi palabra?

BAR. No, sé que sois un hombre, con cuya fé se puede contar; la confianza ha aliviado mi corazon; á mi ver, tengo en el mio un lugar para vuestro disgusto.

EDU. Barón, mi historia no es de aquellas que se cuentan á las personas felices.

BAR. Eduardo, me habeis ofrecido...

EDU. Os escribiré.

BAR. No queriais hablarme hace poco?

EDU. He reflexionado, y no puedo ahora. Un escrito valdrá mas que mis palabras.

BAR. Qué teneis, Eduardo? Palideceis!

EDU. Yo? Por el contrario, esta es la primera vez hace mucho tiempo que me siento bien; porque, á contar desde este momento, mi partido está irrevocablemente tomado. Veré á la condesa Sofia, y... tranquilizaos, procederé del mejor modo posible.

BAR. Pero yo, Eduardo, no puedo hacer nada por vos?

EDU. Nada; absolutamente nada, baron. A Dios.

BAR. Entonces, hasta mas ver. (toma el sombrero.) No sé, Eduardo, pero vuestro cambio súbito...

EDU. Desconfiais de mi amistad?

BAR. (después de vacilar.) No! no! Eduardo, mi felicidad queda en vuestras manos. (volviéndose al partir.)

ESCENA XVII.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. Sofia! (viéndola en el dintel del gabinete.) Soy bastante desgraciado!

SOF. Por qué motivo? En qué ha cambiado la situacion?

EDU. El baron os ama, y he jurado...

SOF. Si, habeis jurado servirle cerca de mi; pero yo he jurado tambien no escuchar lo que teneis que decirme!

EDU. (con fiebre.) Me escuchareis, no obstante, Sofia, porque voy á hablaros de lo mas profundo de mi corazon; porque el baron de Warden es un noble espíritu, su alma es digna de la vuestra, y cuando os ofrece un nombre sin mancha, un amor inmenso, una fortuna real, debo deciros: «Sofia, ese es vuestro esposo; no penseis mas en mi!»

SOF. Por qué no he de pensar en vos?

EDU. Porque yo no tengo nada de lo que él tiene; porque tanto como él es digno, soy yo, Sofia, indigno de vos.

SOF. No os comprendo.

EDU. Recordais que os abri la puerta de ese gabinete, para que oyeseis un secreto terrible que iba á confiar al baron?

SOF. Y no se lo habeis confiado.

EDU. No, porque era inútil para él; pero á vos, Sofia, debo revelarlo todo sin demora, al instante mismo.

SOF. Hablad, Eduardo; ya veis que os escucho con calma, que espero sin palidecer.

EDU. En nombre del cielo, Sofia, tened piedad de mi, renunciad á mi, amándome, estimándome. Mi felicidad, al precio de lo que tengo que deciros, seria comprada demasiado cara, porque entonces... Oh! aun con vuestro amor no habria ya felicidad para mi.

SOF. Eduardo, cuanto mas terrible es ese secreto, mas, yo vuestra prometida, yo vuestra muger, tengo el derecho de conocerlo, y de compartirlo.

EDU. Sofia, el baron de Warden os ama, hará de vos una muger rica, honrada, y feliz. Sofia, os lo ruego... casaos con el baron Warden.

SOF. Espero el secreto que me habeis prometido.

EDU. Lo quereis? Pues bien...

SOF. Pues bien.

EDU. Soy...

SOF. Acabad.

EDU. Soy un... Oh! nunca tendré valor para pronunciar esa palabra! No! no! (pasea con grande agitacion.)

SOF. Habeis dicho que escribiriais. Escribid!

EDU. Lo exijis, Sofia? (pasando muy rápidamente junto á la mesa, dice después en el momento de escribir arrojando la pluma.)

SOF. No exijo nada; no quiero nada; hablad ó callaos; poco me importa! Os he dicho que os amaba, y cuando una muger como yo ha dado su corazon, es para siempre.

EDU. No, no habeis prometido nada, nada habeis ofrecido, ningun juramento os liga, os devuelvo vuestra palabra, Sofia, al daros este papel, en el cual firmo yo mismo mi sentencia de muerte. Tomad. (Sofia toma el papel y quiere leer, pero Eduardo lanza un grito.)

Oh! No aqui, no delante de mi! Moriria de vergüenza! Sofia! Sofia! A Dios! (la conduce hasta la puerta, y viene á caer en un sillón en primer término.)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, solo.

Oh! Ahora es cuando estoy verdaderamente perdido!

ESCENA XIX.

EDUARDO, SOFIA.

(La puerta se abre de nuevo, Sofia aparece en el dintel, se acerca lentamente, y toca la espalda de Eduardo, el cual, al verla, se echa hácia atrás, lanzando un grito.)

EDU. Ah!

SOF. Eduardo, la falta es grande; pero la misericordia de Dios es infinita, como mi amor!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion. Mesa á la izquierda; un sillón al lado, y otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, BENAZETI, CONSTANTI.

MEY. Y qué tenemos?

BEN. (viniendo del fondo.) Nuestro hombre ha quedado confundido, cuando le llamé por su nombre.

MEY. Entonces, es él?

BEN. Quién lo duda?

MEY. Eduardo Rusberg de Manheim!

BEN. El mismo.

MEY. Ah! Ya es nuestro!

BEN. Parece que estais satisfecho. (á Meyer.) Decidme, me parece que el baron ha estado ayer mucho tiempo hablando con Steven.

MEY. Y ha salido bien triste.

BEN. Triste? Pero por qué, sabeis?

CONS. El baron rehusa casarse con la condesa Luisa.

BEN. Y conoceis la causa de la negativa?

MEY. Yo arriesgaria mi opinion.

BEN. Arriesgadla, Meyer.

MEY. Pues bien, juraria...

CONS. Qué?

MEY. Qué el baron está por la condesa Sofia.

BEN. Pues no deciais que era Steven el que gustaba de ella?

MEY. Y qué habria de extraño en que dos hombres estuviesen enamorados de la misma muger?

BEN. (alegre, y pasando en medio.) Pues entonces, el señor secretario está perdido sin recurso. Tres enemigos á la vez; el ministro, el baron Karl, y la condesa Luisa, á la cual se puede hacer comprender, con cierta destreza, que debe á una traicion de Steven una negativa, que le insulta. Me encargo de ello.

MEY. Chiton!
 Los Dos. Qué?
 MEY. Ella es!

ESCENA II.

Dichos, la CONDESA LUISA.

LUI. Está en su despacho mi tío, Meyer?
 MEY. El rey le ha llamado, señorita; pero tal vez haya entrado por la escalera secreta.
 LUI. (sentándose á la izquierda.) A aseguraos de ello, y preguntadle si puede recibirme. (Meyer vase; Benazeti se acerca á la condesa.)
 BEN. Condesa, permitid que aproveche la ocasion de hallaros en mi camino, para presentaros mis respetuosos homenajes, y ser el primero en felicitaros.
 LUI. De qué, caballero?
 BEN. De vuestro casamiento, condesa. No os casais con el baron Karl? (movimiento de Luisa.) (Sabe la negativa.)
 MEY. saliendo.) Aqui está su excelencia.
 CONS. Esto marcha. Ahora al baron. (salen.)

ESCENA III.

LUISA, el MINISTRO.

MIN. Me pides audiencia, hija mia? (abrazándola.)
 LUI. No, tío. Deseaba solamente saber si teniais alguien con vos.
 MIN. Si tenia alguien conmigo? Detrás de esos bellos labios se oculta una confianza, que solicita salir.
 LUI. Tío, siempre habeis sido tan bueno, tan indulgente para mi, que estoy segura que lo sereis hoy tambien.
 MIN. Indulgente! Desde que te recogí de manos de tu madre moribunda, de mi pobre hermana, nunca has necesitado de mi indulgencia.
 LUI. Oh mi querido tío!
 MIN. En dónde está nuestro corazon? Tan alegre ayer, por qué parece hoy tan triste?
 LUI. Conoceis que es la tristeza la que me conduce á vuestro lado?
 MIN. Hay necesidad de preguntártelo? Pero inútilmente te busco la causa de esa tristeza. Has visto á Karl?
 LUI. Si.
 MIN. Y qué te ha dicho?
 LUI. (conteniendo sus lágrimas.) Oh! no ha habido cuestion entre nosotros de vuestros proyectos; pero hablando, me ha dicho lo que él sabia ya; que me amaba como se ama á una hermana; y yo me he apercebido de lo que ignoraba... y es, de que le amo como se ama á un hermano.
 MIN. Tú!
 LUI. Oh! Os lo juro, tío!
 MIN. Alza un poco tus bellos ojos, y mírame, Luisa. Tú amas á Karl como á un hermano?
 LUI. Al menos, trataré de hacerlo... lo conseguiré. (cae de rodillas.) Oh! soy muy digna de lástima! Karl ama á otra muger!
 MIN. A otra que no es mi Luisa? Si, algun amor de jóven; algun capricho, que se toma por una pasion, cuando el corazon está desocupado... cuando se tienen veinte años. Pero un amor verdadero, un amor que resista al tuyo, un sentimiento que pueda equilibrar la felicidad, que todo hombre experimentaria llamándote muger suya! No! Karl no ha conocido nunca ese sentimiento, no; aun cuando su corazon estuviese consagrado á otra, una de tus miradas bastaria para arrojarle de él eternamente.
 LUI. Ama á otra, y no es, como lo decís, una fantasia

del momento, un capricho pasajero, como la hora que lo viera nacer. La muger á quien ama no sabria inspirar mas que un amor profundo y verdadero, y no podeis imputarle como crimen este amor, y yo tampoco puedo quejarme. Es culpa suya que su corazon haya hablado? Sé yo misma cómo, y cuándo he amado? Y de este sentimiento, que dormia en el fondo de mi alma, sospechaba yo la fuerza antes de haber sido tan feliz con una esperanza, y tan desgraciada con una realidad?

MIN. Pero conoces tú á esa muger? Quién es?
 LUI. Esa muger es digna de vos, es digna de él. Esa muger es la condesa Sofia!
 MIN. Sofia! Ese casamiento es imposible! Quién te ha dicho?... Cómo sabes?..
 LUI. Preguntad á Steven; él es el confidente de vuestro hijo.
 MIN. Steven! Steven tenia conocimiento de ese amor, y me lo habia ocultado! Steven ha podido engañar mi confianza!

ESCENA IV.

Dichos, EDUARDO.

MIN. Venid, Steven, acercaos. No necesito deciros de qué estamos hablando; las lágrimas de esta niña os lo harán adivinar. Espero que me explicareis al momento...
 LUI. Oh! cuando yo no esté aqui!
 MIN. (llevándola con dulzura á la puerta de su gabinete.) Tienes razon; no debe ser delante de ti, pobre alma destrozada! Pobre angel, cuyo celeste candor es olvidado! Anda, hija mia! (la abraza, y vase Luisa.)

ESCENA V.

El MINISTRO, EDUARDO.

MIN. Señor Eduardo, al iniciaros en mis asuntos de familia, al encargaros de una mision intima, os di, mas que una señal de confianza, os di una prueba de amistad. Para vos, la fidelidad era un deber; habeis cumplido con este deber?
 EDU. Nada tengo de qué acusarme, monseñor.
 MIN. Habeis visto á mi hijo?
 EDU. Lo he visto.
 MIN. Y conociendo su negativa á obedecerme, el desprecio que hace de mis mas queridas esperanzas, no habeis juzgado á propósito informarme é instruirme del estado de su corazon?
 EDU. Monseñor, hay ciertos momentos, ciertas circunstancias, en las que se vacila, para hacer aquello mismo, que se considera como un deber.
 MIN. Y creéis, caballero, que me hubiese sido mas penoso saber de vuestra boca la negativa de mi hijo, que ser instruido por esa niña? No sabeis que ella le ama, y que el dolor que siente hoy, hubiera podido evitarse si me hubieseis prevenido? Habria llamado á mi hijo, habria reducido á la nada con una expresion sus proyectos insensatos! Pero acaso habeis soñado para él, y como él, en otro casamiento! Yo os digo que ese casamiento no se efectuará, que no lo quiero! Que es imposible!
 EDU. Karl ama á la condesa Sofia, monseñor.
 MIN. Callaos!
 EDU. La ama! Y cuando me hizo la confesion de sus sentimientos...
 MIN. No los combatisteis?
 EDU. No podia, monseñor.
 MIN. No podia!

Edu. No; porque me dijo que la felicidad de su vida estaba ligada á aquella union.

Min. Y desde entonces, vencido por esa confesion, habeis guardado silencio!

Edu. He hecho mas, monseñor, he cedido á la voz de un amigo y á sus ruegos; le he dado mi palabra de servirle y de ayudarle.

Min. Desgraciado! Sabeis si existe un secreto... una razon terrible, que se oponga al casamiento de mi hijo con la condesa Sofia? Y ademas, no os habia yo significado mis designios y mi voluntad? Quién os ha absuelto de los deberes que vuestra posicion, y vuestro reconocimiento os impone? Habeis renunciado á la posicion en que os he colocado? He recibido, por ventura, vuestra dimision?

Edu. Venia á rogaros que la aceptaseis, monseñor.

Min. Vos! Steven! Ayer debisteis dármela. Pero la acepto; remitidmela! Teneis razon, caballero; las relaciones entre ambos son en adelante imposibles; y en todo evento, mas quiero separarme de un ingrato, que desconfiar de un traidor.

Edu. Monseñor!

Min. Espero vuestra dimision. (*Eduardo se inclina; el ministro sale.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, CRISTIAN. *Eduardo esta absorto; despues, de repente, va á la mesa.*

CRIS. Estais solo, señor Eduardo?

Edu. (*escribiendo.*) Entra, Cristian.

CRIS. Yo no sé lo que pasa en nuestro alrededor; pero estoy inquieto de cuanto veo; parece que una gran catástrofe nos amenaza; y vuestra misma agitacion...

Edu. (*levantándose.*) Cristian, partimos dentro de una hora.

CRIS. Dejar á Munich!

Edu. Para no volver nunca.

CRIS. Nunca? No queda aqui nadie á quien sintais? Que sienta separarse de vos? No deciais que os aman?

Edu. Si, si; ella me ama!

CRIS. Y partis á pesar de esto?

Edu. Por causa de esto, Cristian; para que ella me olvide; para que ella ame á otro.

CRIS. Oh! si el mundo conociese toda la nobleza de vuestra conducta!

Edu. Yo no procedo para obtener su aprobacion, sino para estar satisfecho de mi mismo! Que todo esté pronto dentro de una hora. Marcha.

CRIS. Y á dónde vamos!

Edu. Lo sé yo mismo? A dónde el azar nos conduzca! Digo nos conduzca, porque no te negarás á seguirme otra vez, no es verdad? Aun cuando no sepa de qué viviremos, y si tendré pan que poderte dar.

CRIS. Dejaros yo, señor! Nunca, nunca!

Edu. Sofia! (*viéndola que entra por la izquierda.*) Ni una palabra! (*Cristian vase lentamente.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, SOFIA.

Sof. Os creia con el ministro, Eduardo.

Edu. Su excelencia ha entrado en su gabinete; y no me ha dicho que le siga.

Sof. Luisa ha estado aqui; la he encontrado hace un instante, y parecia que evitaba mis miradas.

Edu. La Condesa Luisa sufre con su amor, que ya sabe no es correspondido, y vuestra presencia, es á la vez para ella un recuerdo y un dolor.

Sof. Pero ella será feliz; yo no amo al baron de Karl!

Edu. El baron de Karl os ama, señora.

Sof. Me olvidará, porque no puedo ser suya, bien lo sabeis.

Edu. Si; sé que bella, feliz, colmada de todos los dones que se deben á Dios, y de todos los favores que se deben á la casualidad, habeis dicho á un hombre á quien los acontecimientos de la vida habian arrojado en vuestro camino, á un desgraciado... á un culpable: «Os sacrificio esta felicidad, renuncio á este brillo, os doy este tesoro.» Y lo hubieseis hecho, Sofia... lo hareis! Las palabras que han caido de vuestro corazon las he recogido una á una en el mio; no saldrán nunca, Sofia! Las llevaré conmigo al cielo!

Sof. Eduardo, qué es lo que teneis? De dónde nace esa emocion? Me estais hablando, como si no debiésemos vernos mas!

Edu. El ministro!

ESCENA VIII.

Dichos, el MINISTRO.

Min. Y bien, caballero? (*á Eduardo.*)

Edu. Tomad, monseñor (*despues de un momento de duda, entregándole la dimision que acaba de escribir.*)

Min. En vuestro cuarto hay papeles importantes, que interesan al Estado: entregádmelos, ó remitidmelos antes de vuestra partida.

Sof. (*Su partida!*) (*Eduardo, despues de haber echado una mirada dolorosa á Sofia, se inclina y sale silenciosamente.*)

ESCENA IX.

SOFIA, el MINISTRO.

Sof. Steven os deja?

Min. Si.

Sof. Por mucho tiempo?

Min. Para siempre.

Sof. Entonces ese papel...

Min. Es su dimision.

Sof. Que os ha dado, ó que le habeis pedido?

Min. Que me ha ofrecido y que he aceptado.

Sof. No ignorais que vuestra proteccion le ha creado aqui enemigos mortales?

Min. Steven en esta circunstancia no ha tenido otro enemigo que él mismo.

Sof. A vos, que sois á la vez la indulgencia y la justicia, no necesito decir que tal vez no existe un solo hombre que en su conducta pasada no tenga alguna reconvenccion que hacerse.

Min. Ignoro á qué aludis, condesa. Aqui no se trata de la conducta pasada, sino de la conducta presente del señor Steven, encargado por mi de una mision de confianza cerca del baron Karl. En donde yo esperaba la fidelidad, he encontrado la traicion!

Sof. (*Oh! lo adivino todo! Pobre Eduardo!*)

Min. En suma, el señor Steven ha cometido para conmigo graves errores; los ha comprendido, y se aleja.

Sof. Estais bien seguro de que se halle convencido de esos errores? Crecis firmemente que esos errores se an la causa de su alejamiento? No os ha acudido al pensamiento la idea de que podia existir otro motivo que el que suponeis en esa partida tan precipitada, que se asemeja á una huida? No habeis oido decir, que existió en otro tiempo un corazon tan grande que fuese capaz de abandonar por una desgracia cierta, inaudita, eterna, una fidelidad, de la cual temia creerse indigno? Esos hombres... consideradlo bien, monseñor; dejan, una vez ausentes, dejan un remordimiento en el co-

razon de aquellos que los han desconocido! Pues bien! Yo os digo, Monseñor, que Steven es uno de esos hombres; os digo que esa accion que le afeais como una traicion, y que yo considero como una fidelidad suprema, esa accion ha necesitado una fuerza sobrehumana para cumplirse. Os lo digo asi, monseñor, y con la ayuda del Omnipotente, os daré la prueba de lo que os digo! (*sale vivamente por la izquierda.*)

ESCENA X

El MINISTRO, solo.

Qué es lo que quiere decirme? Qué es lo que pasa aqui? Qué es lo que hay en el alma de Steven! Qué secreto me oculta á mi, que creia saber todos sus secretos? En los tres años que le estudio, no he sorprendido en él un sentimiento, una idea que no pudiese confesar en alto y á la faz de todo el mundo. A cada nueva muestra de favor ó de confianza que le daba, respondia con la fidelidad y el cariño mas absolutos. Severo para si, indulgente para los demas, infatigable en el trabajo, extraño á los placeres; inaccesible á la corrupcion, buscando á fuerza de delicadeza, y para satisfacer su conciencia, rescatar una falta de la juventud que no cree conocida mas que de él, y que yo conozco; habiéndola rescatado con tanta largueza, que le considero mas puro que á un hombre que nunca hubiese delinquido... hé aqui el Steven de ayer; y hoy tengo que preguntarme... «Es traidor? Es ingrato?»

ESCENA XI.

El MINISTRO, KARL; despues MEYER.

KARL. Es lo uno y lo otro, padre mio; ingrato para con vos, traidor para conmigo.

MIN. Para con vos?

KAR. Traidor para conmigo, que le he acogido pobre, ignorado y perdido; que le he traído por la mano, y os dije: «Buscáis un hombre; tomad este, padre mio.» Ingrato para con vos, que le habeis recibido como un segundo hijo, colmado de distinciones y de favores; si, ingrato para con vos, traidor para conmigo! Steven ama á la Condesa Sofia!

MIN. Steven!

KARL. Comprendeis al orgulloso, á quien el titulo de secretario vuestro no basta; al ambicioso, á quien haceis el primero despues de vos, y que busca un escalon para fijar el pie, para subir á una altura, y que lo fija sobre mi corazon?

MIN. Ama á la Condesa Sofia!

KARL. No podeis creer semejante imprudencia, no es verdad? La Condesa Sofia, una joven noble, titulada y rica, que habeis tratado como hija vuestra; y es á ella á la que se ha dirigido... es á ella á la que ama.

MIN. Steven!

KARL. No solamente la ama, sino que es amado!

MIN. Steven! (*llamando á la izquierda.*) Llamaba á Steven. (*á Meyer que entra.*)

MEY. Al momento, monseñor!

MIN. No, quedaos; la condesa Sofia es la que debe responderme.

MEY. Dispensadme, señor, pero las personas que esperaba de Manheim...

MIN. Han llegado ya? Está bien. (*vase Meyer; el ministro á Karl.*) Lo que me habeis dicho de Steven no lo creo; porque si fuese asi, si amase á la Condesa Sofia; sobre todo, si fuese amado de ella, ese Steven que acusais, y del cual yo sospechaba, ese Steven seria el mas honrado, el mas noble, el mas generoso de

los hombres; porque aqui, ahora, en este sitio, me implora por otro, me pedia la mano de la Condesa Sofia para vos, para vos, su amigo.

KARL. Steven, decis!

MIN. Esperadme aqui, caballero. (*vase vivamente por la izquierda.*)

ESCENA XII.

KARL; despues EDUARDO.

KARL. La ama, es amado, y pedia su mano para mi! (*viendo á Eduardo.*) Venid, Eduardo. Es cierto que habeis hablado por mi á mi padre?

EDU. No me habia comprometido á ello? (*viniendo del fondo.*)

KARL. Si, pero cuando os pedi ese compromiso, ignoraba que era comprometer vuestra felicidad.

EDU. Quereis decir mi posicion; porque es á vos á quien la debia, y soy muy feliz sacrificándola. Su escelencia ha recibido mi dimision.

KARL. Vuestra dimision?

EDU. Hé aqui estos papeles importantes, que os ruego entregueis á vuestro padre; aseguradle, sobre todo, mi eterno reconocimiento, del cual temo que haya dudado un instante. A Dios, baron.

KARL. Cómo! Partis?

EDU. Si.

KARL. Dejais á Munich?

EDU. Dejo la Baviera.

KARL. No, Eduardo; no partireis asi; es imposible. (*dete-niéndole.*)

EDU. Partiré al momento.

KAR. Steven, con mucha frecuencia habia oido hablar de generosidad, de adhesion y de lealtad, pero á vos correspondia dar el ejemplo mas admirable. Partid, pero estad seguro de que dejais aqui un corazon, que os estará reconocido hasta la muerte. Vuestra mano, Steven.

ESCENA XIII.

Dichos, CONSTANTI; despues, MEYER.

CONS. Oh! el baron lo sabrá. (*en la antecámara.*) No es verdad que lo sabeis, señor baron?

KARL. Qué he de saber?

CONS. A dónde ha ido la Condesa Sofia?

KARL. Explicaos.

CONS. Al dejar al señor Steven y al ministro, ha subido á su cuarto, y despues de haber hecho misteriosamente abanzar un carruaje de plaza, ha partido.

KARL. Partido!

CONS. Partido sin que nadie sepa el motivo, ni de qué lado ha dirigido su fuga.

KARL. Partido, y vos también dejais á Munich, señor Steven! Partir la Condesa! Es cierto, Meyer?

MEY. En efecto; la Condesa Sofia no está en su habitacion. (*entrando.*)

KARL. Se ha alejado asi, furtivamente... sin la orden de mi padre, sin que él supiese que ella se alejaba! Lo que estais diciendo es imposible, señores!

MEY. Fue precisamente lo que dijo su escelencia al encontrar sola su habitacion, y antes de leer la carta que ha dejado para él.

KARL. Ha dejado una carta para mi padre?

MEY. Si, muy larga, y con muchas explicaciones; y otra también para vos.

KARL. Para mi! Dádmela! (*la toma y lee.*) «Señor Steven...» Esta carta no es para mi.

MEY. Pues para quién es?

KARL. Para el señor Steven.

MEY. Ah! qué torpeza! (Una torpeza meditada!) (bajo á Constanti.)

KARL. Y deciais, caballero, que ignorabais la partida de la Condesa Sofia?

EDU. Barón, os juro que es ahora, y de los labios de esos señores...

KARL. Esta carta es para vos, y no puedo menos de entregársela; pero un hombre que no tiene nada que reprocharse, un hombre honrado, la leería en alta voz.

EDU. (rompiendo el sobre y leyendo en voz alta.) «Steven, no sois vos quien partirá primero; soy yo la que primero partirá. Voy á esperaros en el camino de Manhein.»

KARL. Qué decis, caballero?

EDU. Karl, hay fatalidades...

KARL. Esa carta... esa carta...

EDU. No la leeré.

KARL. Pero yo la leeré! (queriendo arrancársela.)

EDU. Guardaos, caballero! Es el secreto de una muger, y estoy encargado de su defensa!

KARL. Decid el vuestro. Por última vez, dadme esa carta! (Eduardo atraviesa lentamente el teatro. Después de un momento de duda, rompe la carta.) Ah! A mi vez os digo, guardaos, caballero! Al mismo tiempo que esa carta, habeis desgarrado mi honor!

EDU. Caballero!

KARL. Vos partís, y la Condesa Sofia parte al mismo tiempo que vos. Ella os escribe al partir, y no osáis leer en alta voz lo que os escribe! Os creierais insultado, si os dijese que sois un impostor?

EDU. Karl!

KARL. Vengo á buscaros, como se busca á un amigo; os abro mi corazón, como se hace con un hermano; vos callais al oír mis secretos, y amais á la muger á quien yo amo! Venís á suplicar á mi padre que me dé la mano de la Condesa Sofia, y la robais entretanto! Os creierais, en fin, insultado, si con mi desprecio os arrojase al rostro mi guante? (se lo arroja.)

EDU. Una espada, vamos! Una espada!

KARL. Vamos! Vamos! (se lanza en el cuarto de la izquierda; Constanti y Meyer salen precipitadamente por el fondo.)

EDU. Ah! Era demasiado sufrimiento, Dios mio, y me debéis algun alivio! Habeis comprendido que era preciso verter la última gota en el caliz, pronto á desbordarse, á fin de que antes de morir el paciente que hace cuatro años teneis en el martirio, pueda achacar á un hombre, y no al destino, todo lo que ha sufrido. (corriendo á Karl, que entra con dos espadas, y apoderándose de una.) Venid, barón, venid! Será una lucha sin misericordia; un combate mortal, no es verdad? (alzando su espada.) Oh! gracias, arma libertadora; gracias, hierro con el cual mate ó por el cual sea muerto! Vamos!

ESCENA XIV.

Dichos, **BENAZETI**; aparece por la puerta del cuarto del centro con **MEYER** y **CONSTANTI**.

BEN. A dónde vais, señores?

KARL. Acompañadme, me servireis de testigo.

BEN. Y con quién os batís?

EDU. Conmigo.

BEN. El barón Karl no puede batirse con vos.

KARL. Por qué razón?

BEN. (á Eduardo.) Decid al barón Karl que nadie puede batirse con vos, señor Eduardo de Rusberg de Manhein!

EDU. Ah! (dejando caer su espada, y cayendo abatido en un sillón.)

BEN. Ya lo veis!

KARL. Tan cobarde como infame! (tira la espada.)

EDU. Dios mio! Dios mio!

LUI. Eduardo! (que acaba de entrar; con voz compasiva y tomándole la mano.)

EDU. Ah! Bien me dijeron que en el camino del martirio colocaba Dios sus ángeles!

UN UGIER. (desde la puerta foro.) El ministro!

LUI. Tío, tened piedad! (yéndole al encuentro.)

ESCENA XV.

Dichos, **EL MINISTRO**, **LUISA**, **CRISTIAN**.

MIN. Señor Eduardo Rusberg de Manhein, tomad vuestra dimision. Hice mal aceptándola (Luisa tiende la mano á Eduardo; sigue el ministro mirando á Constanti y Benazeti, que permanecen confusos.) Señor Eduardo Rusberg de Manhein, el rey os hace de su Consejo privado, con el título de barón de Steven, y os nombra comendador de la Orden del Mérito civil de Baviera; barón, podeis batiros con ese caballero. (recogiendo la espada de Karl.)

KARL. Cómo quereis que me bata con un hombre, á quien públicamente rendís un homenaje semejante?

MIN. Entonces, dadle esplicaciones, y ofrecedle la mano de la condesa Sofia... (bajo.) De la condesa Sofia, vuestra hermana!

KARL. Mi hermana! Es mi hermana! (aparte, abatido; el ministro tiende la mano á Steven. Steven se arroja á sus pies. El ministro hace una seña á Cristian, que sale por la derecha.)

MIN. Sois ahora dichoso, Rusberg? No falta nada á vuestra felicidad?

EDU. Me falta un perdon! Un perdon que iré á buscar.

MIN. Recibidlo!

ESCENA XVI.

Dichos, **RUSBERG**, apareciendo delante de Cristian.

RUS. Yo te perdono!

EDU. Padre!!!

RUS. Hijo mio!!!

(Eduardo se adelanta al encuentro de su padre; Luisa cae en los brazos de su padre; Karl cae absorto en el sillón de la derecha; Benazeti y Meyer aparecen confusos y abochornados; Cristian contempla con placer á Eduardo en los brazos de su padre.)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1855.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

Los cabezudos ó dos siglos des- pues, t. 1.	2 7	Los misterios de Paris, primera parte, t. 6 c.	6 14	No hay miel sin hiel, o. 5.	3 5	Un padre para mi amigo, t. 2.	2 4
La Calumnia, t. 5.	3 6	Idem segunda parte, t. 5 c.	8 16	No mas comedias, o. 3.	3 5	Una broma pesada, t. 2.	3 5
-Castellana de Laval, t. 3.	2 9	Los Mosqueteros, t. 6 c.	2 14	No es oro cuanto reluce, o. 5.	3 7	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2 5
-Cruz de Malta, t. 5.	2 8	La marquesa de Savannes, t. 3.	2 5	No hay mal que por bien no ven- ga, o. 1.	3 4	Un dia de libertad, t. 5.	7 4
-Cabeza á pájaros, t. 1.	2 5	-Méndigo, t. 4.	6 8	Ni por esas!! o. 5.	3 4	Uno de tantos bribones, t. 5.	9 5
-Cruz de Santiago ó el magne- tismo, t. 3. a. y p.	2 8	-noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2 11	Ni tanto ni tan poco, t. 5.	4 4	Una cura por homeopatía, t. 3.	5 4
Los Contrastes, t. 1.	2 5	-Opera y el sermón, t. 2.	3 6	Ojo y nariz!! o. 4.	1 3	Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.	3 8
La conciencia sobre todo, t. 3.	2 4	-Pomada prodigiosa, t. 1.	2 2	Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2 8	Un error de ortografía, o. 4.	2 5
-Cocinera casada, t. 1.	3 4	Los pecados capitales. Mágia, o. 4	9 9	Otra noche toledana, ó un caba- llero y una señora, t. 1.	1 1	Una conspiracion, o. 4.	1 5
Las camaristas de la Reina, t. 1.	7 6	-Percances de un carlista, o. 1.	3 9	Percances de la vida, t. 4.	2 4	Un casamiento por poder, o. 1.	3 5
La Corona de Ferrara, t. 5.	5 7	-Penitentes blancos, t. 2.	5 3	Perder y ganar un trono, t. 4.	2 3	Una actriz improvisada, o. 1.	2 5
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5	2 7	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5 15	Paraguas y sombrillas, o. 4.	3 12	Un tio como otro cualquiera, o. 1.	2 4
La cantinera, o. 1.	1 6	-Penitencia en el pecado, t. 3.	5 6	Perder el tiempo, o. 1.	2 4	Un molin contra Esquilache, o. 3.	2 9
-Cruz de la torre blanca, o. 3.	1 5	-Posada de la Madona, t. 4. y p.	4 9	Perder fortuna y privanza, o. 3.	2 5	Un corazon maternal, t. 5.	3 5
-Conquista de Murcia por don Jaime de Aragon, o. 3.	2 11	Lo primero es lo primero, t. 5.	2 5	Pobreza no es vileza, o. 4.	3 11	Una noche en Venecia, o. 4.	2 19
-Calderona, o. 5.	3 8	La pupila y la péndola, t. 1.	2 6	Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. 5.	2 10	Un viaje á America, t. 5.	2 8
-Condesa de Senecey, t. 3.	3 4	-Protegida sin saberlo, t. 2.	1 6	Por no escribirle las señas, t. 1.	3 3	Un hijo en busca de padre, t. 2.	5 5
-Caza del Rey, t. 1.	2 6	Los pasteles de Maria Michon, t. 2	4 1	Por quinientos florines, t. 1.	3 3	Una estocada, t. 2.	2 6
-Capilla de San Magin, o. 4.	3 4	-Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2 7	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	2 5	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2 4
-Cadena del crimen, t. 5.	5 9	La Posada de Currillo, o. 1.	2 3	Por tener un mismo nombre, o. 4	2 4	Un soldado de Napoleon, t. 2.	3 4
-Campanilla del diablo, t. 4 y p. Mágia.	5 13	-Perla sevillana, o. 1.	3 5	Por tenerle compasion, t. 1.	2 2	Un casamiento provisional, t. 1.	3 4
Los celos, t. 3.	3 5	-Primer escapatoria, t. 2.	2 4	Por quinientos florines, t. 1.	3 4	Una audiencia secreta, t. 5.	2 9
Las cartas del Conde-duque, t. 9	1 7	-Prueba de amor fraternal, t. 2	3 3	Por ocultar un delito aparecer criminal, o. 2.	2 5	Un quinto y un párbulo, t. 4.	2 3
La cuenta del Zapatero, t. 1.	2 6	-Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3 5	Percances matrimoniales, o. 5.	3 4	Un mal padre, t. 5.	4 4
-Casa en rifa, t. 4.	2 3	-Quinta de Verneuil, t. 5.	4 10	Por casarse! t. 1.	3 5	Un rival, t. 1.	1 4
-Doble caza, t. 1.	2 6	-Quinta en venta, o. 5.	1 5	Pero Grullo, zarz. o. 2.	2 6	Un marido por el amor de Dios t. 1.	2 3
Los dos Foscari, o. 5.	4 11	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3 4	Por camino de hierro! o. 1.	3 7	Un amante aborrecido, t. 2.	2 5
La dicha por un anillo, y mági- co rey de Lidia, o. 3. Mágia.	4 9	Lo que está de Dios, t. 3.	3 6	Por amar perder un trono, o. 3.	3 6	Una intriga de modistas, t. 1.	8 2
Los desposorios de Inés, o. 3.	3 3	La Reina Sibilu, o. 5.	2 6	Pecado y penitencia, t. 5.	3 4	Una mala noche pronto se pasa, t. 1.	3 1
-Dos cerrajerías, t. 5.	2 22	-Reina Margarita, t. 6 c.	7 17	Pérdida y hallazgo, o. 1.	3 8	Un imposible de amor, o. 5.	5 3
Las dos hermanas, t. 2.	3 5	-Rueda del coquetismo, o. 3.	2 4	Por un saludo! t. 4.	1 5	Una noche de enredos, o. 4.	2 3
Los dos ladrones, t. 4.	1 5	-Roca encantada, o. 4.	2 6	Quién será su padre? t. 2.	2 9	Un marido duplicado, o. 1.	3 4
-Dos rivales, o. 3.	2 9	Los reyes magros, o. 1.	5 8	Quién reirá el último? t. 1.	1 4	Una causa criminal, t. 5.	6 6
Las desgracias de la dicha, t. 2.	3 8	La Rama de encina, t. 5.	2 10	Querer como no es costumbre, o. 4	3 5	Una Reina y su favorito, t. 5.	3 16
-Dos emperatrices, t. 3.	3 8	-Saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4 8	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	3 5	Un rapto, t. 3.	1 11
Los dos ángeles guardianes, t. 4.	1 3	-Selva del diablo, t. 4.	4 15	Quien á hierro mata. . . o. 1.	2 6	Una encomienda, o. 2.	2 5
-Dos maridos, t. 4.	3 3	-Serenata, t. 1.	5 5	Reinar contra su gusto, t. 3.	2 4	Una romántica, o. 1.	3 3
La Dama en el guarda-ropa, o. 1	2 4	-Sesentona y la colegiala, o. 4.	5 4	Rabia de amor!! t. 1.	3 3	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1 3
Los dos condes, o. 3.	2 6	-Sombra de un amante, t. 1.	2 5	Robert Hobart, ó el verdugo del rey, o. 3. u. y p.	3 7	Un enlace desigual, o. 5.	4 5
La esclava de su deber, o. 3.	2 3	Los soldados del rey de Roma, t. 2	2 7	Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.	3 6	Una dicha merecida, o. 1.	1 4
-Fortuna en el trabajo, o. 3.	2 7	-Templarios, ó la encomienda de Aviñon, t. 3.	1 14	Ricardo el negociante, t. 5.	2 4	Una crisis ministerial, t. 4.	2 13
Los falsificadores, t. 3.	3 8	La taza rota, t. 1.	2 5	Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclavin, o. 1.	3 2	Una Noche de Máscaras, o. 5.	4 7
La feria de Ronda, o. 1	2 8	-Tercera dama-duende, t. 5.	2 11	Rita la española, t. 4.	3 7	Un insulto personal ó los dos co- bardes, o. 1.	2 4
-Felicidad en la locura, t. 4	1 5	-Toca azul, t. 4.	3 7	Ruy Lopez-Dábolos, o. 3.	3 6	Un desengaño á mi edad, o. 4.	2 4
-Favorita, t. 4.	3 10	Los Trabucaires, o. 5.	6 13	Ricardo y Carolina, o. 5.	2 10	Un Poeta, t. 1.	2 5
-Fineza en el querer, o. 5.	1 3	-Ultimos amores, t. 2.	3 2	Romanelli, ó por amar perder la honra, t. 4.	2 6	Un hombre de bien, t. 2.	6 6
Las ferias de Madrid, o. 6 c.	9 14	La Vida por partida doble, t. 4.	5 3	Sí acabarán los enredos? o. 2.	3 4	Una deuda sagrada, t. 4.	4 6
Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2 14	-Viuda de 15 años, t. 1.	3 2	Sin empleo y sin mujer, o. 1.	2 3	Una preocupacion, o. 4.	3 6
La guerra de las mugeres, t. 10 c.	6 18	-Victima de una vision, t. 1.	4 5	Santi boniti barati, o. 1.	2 4	Un embuste y una boda, zarz. o. 2	3 8
-Gaceta de los tribunales, t. 4.	3 4	-Viva y la disunta, t. 1.	1 3	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Un tio en las Californias, t. 1.	2 5
-Gloria de la muger, o. 3.	2 4	Mauricio ó la favorita, t. 2.	2 5	Sobresaltos y congojas, o. 5.	3 11	Una tarde en Ocaña ó el reser- vado por fuerza, t. 5.	2 6
-Hija de Cromwel, t. 4.	2 5	Mas vale tarde que nunca, t. 1.	2 4	Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	2 5	Un cambio de parentesco, o. 1.	3 2
-Hija de un bandido, t. 1.	1 4	Muerte civilmente, t. 1.	2 3	Si acabarán los enredos? o. 2.	3 4	Una sospecha, t. 1.	2 5
-Hija de mi tio, t. 2.	5 2	Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.	1 3	Sin empleo y sin mujer, o. 1.	2 3	Un abuelo de cien años y otro de diez y seis, o. 4.	2 4
-Hermana del soldado, t. 5.	2 9	Mi vida por su dicha, t. 5.	3 5	Santi boniti barati, o. 1.	2 4	Un héroe del Avapies (parodia de un hombre de Estado) o. 4.	2 6
-Hermana del carretero, t. 5.	2 9	Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.	5 8	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Un Caballero y una señora, t. 1.	1 1
Las huérfanas de Amberes, t. 5	2 10	Martin y Bamboche ó los amigos de la infancia, t. 9 c.	4 12	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Una cadena, t. 5.	2 8
La hija del regente, t. 5.	3 13	Mateo el veterano, o. 2.	2 7	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Una Noche deliciosa, t. 4.	2 2
Las hijas del Cid ó los infantes de Carrion, o. 3.	2 9	Marco Tempesta, t. 3.	2 5	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Yo por vos y vos por otro! o. 5.	4 3
La Hija del prisionero, t. 5.	6 16	Maria de Inglaterra, t. 3.	2 11	Sedar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Ya no me caso, o. 4.	1 5
-Herencia de un trono, t. 5.	2 11	Margarita de York, t. 3.	3 11	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.	3 7		
Los hijos del tio Tronera, o. 4.	3 3	Maria Remont, t. 3.	4 7	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	1 10		
-Hijos de Pedro el grande, t. 5.	3 13	Mauricio, ó el médico generoso, t. 2.	3 4	Trapisondas por bondad, t. 4.	3 7		
La honra de mi madre, t. 3.	3 5	Mali, ó la insurreccion, o. 5.	1 10	Todos son raptos, zarz. o. 1.	2 11		
-Hija del abogado, t. 2.	2 5	Monge Seglar, o. 5.	3 7	Tia y sobrina, o. 1.	2 6		
-Hora de centinela, t. 1.	2 8	Miguel Angel, t. 5.	2 11	Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 5.	3 9		
-Herencia de un valiente, t. 2.	1 4	Megani, t. 2.	2 6	Valentina Valentona, o. 4.	2 7		
Las intrigas de una corte, t. 5.	4 7	Maria Calderon, o. 4.	2 8	Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Nuestra Señora, t. 5. a. y p.	4 11		
La ilusion ministerial, o. 3.	3 9	Marianatu vivandera, t. 5.	3 9	Un buen marido! t. 4.	1 3		
-Joven y el zapatero, o. 4.	2 3	Misterios de bastidores, segunda parte, zarz. 1.	3 15	Un cuarto con dos camas, t. 4.	2 2		
-Juventud del emperador Car- los V, t. 2.	2 5	Música y versos, ó la casa de huéspedes, o. 1.	3 7	Un Juan Lanas, t. 1.	2 5		
-Jorobada, t. 4.	1 5	Mallorca cristiana, por don Jai- me I de Aragon, o. 4.	1 12	Una cabeza de ministro, t. 1.	2 5		
-Ley del embudo, o. 1.	4 4	Maruja, t. 4.	2 4	Una Noche á la intemperie, t. 4.	1 4		
-Limosna y el perdon, o. 4.	2 6	Ni ella es ella ni él es él, ó el ca- pitan Mendoza, t. 2.	4 4	Un bravo como hay muchos, t. 4.	1 5		
-Loca, t. 4.	3 4	No ha de tocarse á la Reina, t. 3.	2 3	Un Diablillo con faldas, t. 4.	1 2		
-Loca, ó el castillo de las siete torres, t. 5.	2 11	Nuestra Sra. de los Avismos, ó el castillo de Villemeuse, t. 5.	3 6	Un Pariente millonario, t. 2.	3 6		
-Muger electrica, t. 4.	2 3	Nunca el crimen queda oculto á la justicia de Dios, t. 6 c.	4 8	Un Avaro, t. 2.	2 4		
-Modista alferez, t. 2.	3 6	Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 5.	4 11	Un Casamiento con la mano iz- quierda, t. 2.	2 4		
-Mano de Dios, o. 3.	2 7						
-Moza de meson, o. 3.	5 12						
-Madre y el niño siguen bien, t. 1.	2 6						
-Marquesa de Seneterre, t. 5.	3 3						
Los malos consejos, ó en el pe- cado la penitencia, t. 3.	2 9						
La muger de un proscrito, t. 5.	3 6						
Los mosqueteros de la reina, t. 3.	5 8						
La mano derecha y la mano iz- quierda, t. 4.	3 11						

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquín Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama. Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 185 .
 IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
 Calle del Duque de Alba, n. 12.

Continúa la lista inserta en las páginas anteriores.

<i>Añese usted con bromas, t. 1.</i>	3	5	<i>Fé, esperanza y Caridad, t. 3.</i>	3	8	<i>Maria Rosa, t. 3 y pról.</i>	5	10	Zarzuelas con música, propiedad de la Biblioteca.	
<i>Arcas del desde el contento, t. 3</i>	6	9				<i>Marido tonto y muger bonita, t. 1</i>	2	5		<i>Geroma la castañera, o. 1.</i>
<i>Aranjuez, Tembleque y Madrid, t. 3.</i>	5	13				<i>Mas es el ruido que las nueces, t. 1.</i>	1	2		<i>El biolon del diablo, o. 1.</i>
<i>Abuen tiempo un desengaño, o. 1</i>	2	3				<i>Margarita Cautier, ó la dama de las camelias, t. 3.</i>	5	2		<i>Todos son raptos, o. 1.</i>
<i>A Manila!! con dinero y una esposa, t. 1.</i>	3	4				<i>Monck, ó el salvador de Inglaterra, t. 5.</i>	2	9		<i>La paga de Navidad, c. 1.</i>
			<i>Hablar por boca de ganso, o. 1.</i>	2	2					<i>Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.</i>
						<i>Narcisito, o. 4.</i>	1	4		<i>La batelera, t. 1.</i>
<i>Bodas por ferro-carril, t. 1</i>	2	3	<i>Juan el cochero, t. 6 c</i>	2	8					<i>Pero Grullo, o. 2.</i>
			<i>Jocó, ó el orang-után, t. 2,</i>	1	5					<i>El ventorrillo de Alfarache, o. 1</i>
						<i>O la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 1.</i>	2	5		<i>La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1</i>
<i>Consecuencias de un peinado, t. 3</i>	4	8							<i>El amor por los balcones, zarz. 1.</i>	
<i>Cuento de no acabar, t. 1.</i>	2	2							<i>El tio Pinini, 1.</i>	
<i>Cada loco con su tema, o. 1.</i>	1	3							<i>La fábrica de tabacos, 2.</i>	
<i>46 mugeres para un hombre, t. 1.</i>	4	3							<i>El 15 de mayo, 1.</i>	
<i>Conspirar contra su padre, t. 5.</i>	1	10							<i>D. Esdrújulo.</i>	
<i>Claudia, t. 3</i>									<i>El tio Carando.</i>	
<i>Carlos y Maria, ó luchas del bien y del mal, magia, t. 5.</i>	3	5								
<i>Celos maternos, t. 2.</i>	3	5								
<i>Calavera y preceptor, t. 3.</i>	3	5								
<i>Como marido y como amante, t. 1.</i>	1	2								
			<i>Los calzones de Trafalgar, t. 1.</i>	2	2					
			<i>La infanta Oriana, o. 3 magia.</i>	3	15	<i>Papeles cantan, o. 3.</i>	3	4	<i>El tio Caniyitas, 2.</i>	
			<i>La pluma azul, t. 1.</i>	3	6	<i>Pedro el marino, t. 1.</i>	2	3	<i>La sal de Jesus! 1.</i>	
			<i>La batelera, zarz. 1.</i>	1	2	<i>Por un retrato, t. 1.</i>	2	3	<i>Es la Chachi, 1.</i>	
			<i>La dama del oso, o. 3.</i>	3	6	<i>Pagar con favor agravo, o. 4.</i>	2	6	<i>Lola la gaditana, 1.</i>	
<i>Des familias rivales, t. 5.</i>	2	8	<i>La ruca y el canamazo, t. 2.</i>	3	6	<i>Paulo el romano, o. 1.</i>	2	5	<i>La gitaniilla de Madrid, 1.</i>	
<i>Don Ruperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.</i>	4	12	<i>Los amantes de Rosario, o. 1.</i>	1	2	<i>Por qué? t. 1.</i>	2	3	<i>Jocó ó el orang-utang, 2.</i>	
<i>D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 3.</i>	5	20	<i>Los votos de D. Trifon, o. 1.</i>	2	3	<i>Pepiya la salerosa, z. 1.</i>				
<i>Dido y Eneas, o. 1.</i>	1	2	<i>La hija de su yerno, t. 1.</i>	3	3					
<i>D. Esdrújulo, z. 1.</i>	1	1	<i>La cahaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.</i>	5	15					
			<i>La novia de encargo, o. 1.</i>	2	3					
			<i>La cámara roja, t. 3 a. y 1 pról.</i>	2	10					
			<i>La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.</i>	2	5					
			<i>La suegra y el amigo, o. 3.</i>	3	5					
			<i>Luchas de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.</i>	2	8	<i>Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 3.</i>	4	2		
			<i>Las obras del demonio, t. 3 y pról.</i>	3	9					
			<i>La maldicion ó la noche del crimen, t. 3 y pról.</i>	4	5					
<i>El dos de mayo!! o. 3.</i>	2	10	<i>La cabeza de Martin, t. 1.</i>	2	4					
<i>El diablo alcalde, o. 1.</i>	1	4	<i>Lisbet, ó la hija del labrador, t. 3</i>	6	11					
<i>El espantajo, t. 1.</i>	2	2	<i>Las ruinas de Babilonia, o. 4.</i>	2	14	<i>Sara la criolla, t. 5.</i>	3	7		
<i>El marido cilavra, o. 3.</i>	2	5	<i>Los jueces francos ó los invisibles, t. 1.</i>	3	13	<i>Subir como la espuma, t. 3.</i>	4	8		
<i>El camino mas corto, o. 1.</i>	2	2	<i>Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, o. 3.</i>	2	9	<i>Simon el veterano, t. 4 pról.</i>	5	10		
<i>El quince de mayo, zarz. o. 1.</i>	3	5	<i>Los cosacos, t. 5.</i>	5	14	<i>Satanás! t. 4.</i>	2	11		
<i>Economias, t. 1.</i>	4	3	<i>La procesion del niño perdido t. 1</i>	5	6					
<i>El cuello de una camisa, o. 3.</i>	3	7	<i>La plegaria de los naufragos, t. 5</i>	5	10					
<i>El biolon del diablo, o. 1.</i>	2	3	<i>La venganza en la locura, t. 3.</i>	3	2					
<i>El amor por los balcones, zar. 1.</i>	2	3	<i>La posada de la cabeza negra, t. 5</i>	3	7					
<i>El marido desocupado, t. 1.</i>	3	2	<i>La fatal semejanza, t. 5.</i>	4	11					
<i>El honor de la casa, t. 5.</i>	3	7	<i>La hija de la favorita, t. 3.</i>	2	8	<i>Tres pájaros en una jaula, t. 1</i>	2	3		
<i>Elena, o. 3.</i>	4	11	<i>La azucena, o. 1.</i>	2	8					
<i>El verdugo de los calaveras, t. 3.</i>	3	7	<i>La mestiza, ó Jacobo el corsario, t. 4.</i>	1	9	<i>Una mujer cual no hay dos, o. 1</i>	1	3		
<i>El platero del Emperador, t. 5.</i>	2	8	<i>Los muebles de Tomasa, t. 1.</i>	2	5	<i>Una suegra, o. 1.</i>	3	3		
<i>El castillo de los espectros, t. 3.</i>	3	5	<i>La fábrica de tabacos, zarz. 2.</i>	2	3	<i>Un hombre célebre, t. 3.</i>	3	4		
<i>El cielo y el infierno, magia, t. 5.</i>	3	5	<i>Lobo y Cordero, t. 1.</i>	3	5	<i>Una camisa sin cuello, o. 1.</i>	3	4		
<i>El secreto de un soldado, t. 3.</i>	3	5	<i>La casa del diablo, t. 2.</i>	4	5	<i>Un amor insoportable, t. 1.</i>	2	3		
<i>El noble y el plebeyo, t. 3.</i>	3	5	<i>La noche del Viernes Santo, t. 3.</i>	3	10	<i>Un ente susceptible, t. 1.</i>	2	4		
<i>El reino de las Hadas, magia, t. 4</i>	4	11	<i>Las minas de Siberia, t. 3.</i>	3	10	<i>Una tarde aprovechada, o. 1.</i>	1	3		
<i>El castillo de Penhoel ó los angelitos de familia, t. 5.</i>	4	11	<i>Lo mentira es la verdad, t. 1.</i>	4	11	<i>Un suicidio, o. 1.</i>	2	3		
<i>El yerno de las espinacas, t. 1.</i>	3	4	<i>La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, t. 4.</i>	4	11	<i>Un viejo verde, t. 1.</i>	1	2		
<i>El judío de Venecia, t. 5.</i>	3	4	<i>La juventud de Luis XIV, t. 5.</i>	4	8	<i>Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.</i>	2	10		
<i>El adivino, t. 2.</i>	4	14	<i>La buena ventura, t. 5.</i>	4	8	<i>Un soldado voluntario, t. 3.</i>	4	7		
<i>El amor en verso y prosa, t. 2.</i>	3	5	<i>La ilusion y la realidad, t. 4.</i>	5	8	<i>Urbano Grandier, t. 5.</i>	2	4		
<i>El ahorcado!! t. 5.</i>	2	5	<i>La huérfana de Flandes ó dos madres, t. 3.</i>	5	5	<i>Un agente de teatros, t. 1.</i>	2	4		
<i>El tio Pinini, zarz. 1.</i>	6	10	<i>Los boleros en Londres, z. 1.</i>	4	6	<i>Una venganza, t. 4.</i>	2	10		
<i>El tesoro del pobre, t. 3.</i>	4	11	<i>La conciencia, t. 5.</i>	4	6	<i>Una muger culpable, t. 1.</i>	2	3		
<i>El lapidario, t. 3.</i>	4	11	<i>La hechicera, t. 1.</i>	5	12					
<i>El cuante ensangrentado, o. 3.</i>	4	6		1	4					
<i>El tio Carando, z. 1.</i>	2	6								
<i>El corazon de una madre, t. 5.</i>	3	8								
<i>El último bufon, t. 2.</i>	3	8								
<i>El canal de S. Martin, t. 5.</i>	5	11								

Y las partituras: